

La Tierra Corrompida

Santiago Ortegon



Capítulo 1

PRÓLOGO

Azel paseaba por las estrechas calles del sector norte de la ciudad, obviando el hecho de que asesinaría a alguien esa misma noche.

Intentaba ignorar, sin mucho éxito, aquellos remolinos que invadían el cielo, entrelazados como tentáculos serpenteantes, de una decadencia profunda y corrompida. Escuchaba sus susurros, procedentes como diminutos latidos alternos al de su corazón, resonando fuera de compás. Sin armonía. Sin conexión. Pero constantes.

Resultaba ridículo que siguiera sintiendo esa misma inquietud hacia aquella ensortijada que antaño, cuando apenas era un niño. ¿Un Hacedor de Sangre temiendo a las lascas de la Devastación? Inverosímil. Y, sin embargo, así era.

Una persona normal no podía comprenderlo. Por más que hubiera vivido toda su vida bajo la presión continua de aquel fenómeno de poder, su conexión con aquello era inexistente. Aquel cielo era especial. Solo se vislumbraba en las tierras de Sprigont, la tierra corrompida, como la llamaban. Fluía desde el origen de la Devastación, transmitiendo su poder.

Llamando a aquellos que podían escucharlo.

La ciudad por el sector norte parecía muerta. Azel la contempló unos momentos, luego apartó la mirada. Asqueado, sintiendo su dolor. Era una visión desconsoladora. Y era todo lo que Azel había visto en su vida. Negrura. Corrupción.

Azel esperó unas cuantas horas, cerca de la catedral del Héroe. Su abrigo negro ondeaba con estrepito, tronando por la ferocidad del viento. Le era extraño vestir de negro. No solo por el hecho de que resultara incomodo entre lo opaco que era el mundo, sino porque el color resultaba ser el semblante sagrado de la fe del Héroe.

Inmediatamente se sintió estúpido por ello. ¿Qué importaba lo que creyese la fe del Héroe? Él no pertenecía a ella, naturalmente. Solo los locos creían que un hombre que luchó por sus propios ideales era Dios.

Azel creía en Diane, la diosa dragón y campeona de los Creadores.

Sacudió la cabeza en cuando escuchó pasos provenir de fuera de la catedral. La inmensa construcción era una maravilla arquitectónica, con ocho torres que se alzaban como colmillos a incluso más altura que las murallas de la ciudad.

«Tres hombres saldrán de la catedral cuando la noche no pueda ser más oscura, cuando la ciudad pertenezca a las Lascas. Todos vestirán de la misma manera: túnicas oscuras y máscaras pálidas. Pero uno de ellos cojeara. Sabes qué hacer con él. No puedes fallar.», dictaba la orden que le habían impuesto esa misma mañana por escrito sin que pudiera objetar al respecto o rechazarla. No tenía derecho a esto, siendo él como era, debía sentirse agradecido por ser útil.

Azel se inclinó por el lateral y contuvo la respiración al ver salir a alguien por las puertas ribeteadas de negro. Era, en efecto, como le habían dicho que sucedería. Un hombre que caminaba encorvado y cojeaba al andar fue el primero en salir. Esto último no parecía auténtico, comprobó Azel, lo más seguro era que el hombre imitara una cojera. Vestía encapuchado, con ropas opacas, pero no negras. Y la máscara pálida que le habían dicho que tendría.

Al parecer quería pasar inadvertido o, como mínimo, que no se le reconociera.

Ese era el hombre al que esperaba. El hombre al que le habían ordenado asesinar sin que tuviera tiempo a analizarlo o estudiarlo lo más mínimo.

Iba acompañado por otros dos hombres de igual vestimenta.

Azel esperó unos cuantos segundos y, momentos antes de que aquella persona doblara por algún recodo, salió tras él.

Vestir de negro tenía sus ventajas. Podía camuflarse entre la noche y la negrura imperante de las edificaciones, como una figura más en una opaca pintura. Era como si formara parte de la misma ciudad, sin sobresalir, sin alterar su negro contorno.

Pese a esto, era insuficiente.

De noche, poca gente salía al exterior. Supersticiosos o sabios, dependiendo en que creyeran que podría sucederles. Fuera como fuere, las calles estaban vacías y si alguien se fijaba lo suficiente lo descubrirían.

Inspiró hondo y, sin dejar que aquel hombre desapareciera de su rango de visión, Hirvió Sangre.

El proceso, tan natural como el mismo respirar, hizo resonancia en su interior, siguiendo el compás alterno al de su corazón: el del poder de la Devastación. La sangre en su cuerpo empezó a calentarse y, de pronto, pareció arder. Hirviendo dentro de él, queriendo huir a brotes de humo, pero sin poder hacerlo.

Atrapada, condensada y sin escapatoria.

Liberó esta sangre, Expulsándola mientras la Dividía, efectuando una de las ocho habilidades complementarias: Evaporación de Sangre. El resultado fue un cambio en su cuerpo. Volutas de humo escarlata brotaron desde el interior de su piel, como si esta estuviese hecha de rendijas y él fuera un horno en funcionamiento.

De pronto, su consistencia se perdió gradualmente mientras el humo lo envolvía en pequeños tirones que revoloteaban en el aire. Su aspecto, asemejado a uno de los espectros de las historias, estaba clavado en el suelo y, sin embargo, sin apenas presión, sin apenas resistencia.

Azel emprendió la marcha nuevamente, deslizándose por el aire, mientras plantaba los pies en el suelo. Sin ruidos, sin alertas, como si sus movimientos fueran obra del mismo ulular del viento.

Era imposible que lo vieran. Su ropa negra era de gran ayuda, no obstante, lo verdaderamente importante recaía en su forma. Era prácticamente invisible a tal oscuridad, con solo volutas de humo rojizo danzando a su alrededor en menor, pero en constante medida.

Algunos darían con él, por supuesto, pero pensarían que se trataría de algún efecto de las Lascas de la Devastación, como algún efecto ilusorio o quizá alguna criatura. Nada fuera de lo normal. Solo otro Hacedor de Sangre entendería lo que estaba haciendo.

Azel esperaba que el hombre que iba a asesinar no fuera uno de ellos.

Aún era demasiado pronto para acabar con la vida del hombre y, seguramente, con la de sus compañeros. Se hallaban demasiado cerca de la catedral del Héroe. Demasiado cerca para levantar sospechas mal infundadas. Debía esperar, como un buen asesino. Sin dejar rastro. Sin que nadie se enterase, sino hasta que ya hubiera pasado demasiado tiempo.

A Azel no le gustaba ser un asesino. Él solo seguía órdenes. Ordenes que iban más allá de su comprensión, ordenes que no podía atreverse a cuestionar por su propio bien. Por el bien de la iglesia. Después de todo, él no era quien para hacerlo.

Su trabajo era uno: matar. Debía cernirse a eso, cómo había hecho a lo largo de toda su vida. Vida que ahora ni siquiera le pertenecía.

«Es por el bien de Nehit», se recordaba.

Azel se deslizó por el muro del callejón, siguiendo al grupo de hombres, sin hacer ningún tipo de sonido más allá del de su propia respiración. De pronto, escuchó sus susurros, casi inaudibles y comprimidos por las máscaras.

—...es peligroso—estaba diciendo uno de los hombres, el más alto entre ellos—. No debería seguir arriesgándose en estas incursiones nocturnas, señor.

—¿Y si no lo hago yo? ¿Quién lo hará? —respondió el hombre que fingía la cojera momentos después.

El hombretón no respondió de inmediato, como si sopesara el peso real de aquellas palabras.

—No lo sé—contestó por fin—. Pero sé lo que puede pasar tanto como usted. Él los oye, los susurros —negó con la cabeza—. Vendrán a por usted. Él querrá matarlo.

—Lo sé—Entonces se detuvo, clavándole la mirada a su acompañante—. Pero tengo que hacerlo.

Y eso bastó para acallar al hombre.

¿A quién se refería el hombre más alto? ¿Acaso sabían que Azel iba a ir a por él o eran meras suposiciones? ¿Alguien más, quizá? No importaba. Era demasiado tarde. Demasiado oscuro.

Azel inspiró profundamente. Condensando la energía que ahora gobernaba su cuerpo. Aplacando ese calor agradable que emanaba de sí. Las volutas de humo comenzaron a retraerse, absorbidas por él.

Entretanto, Azel aceleró el paso. La consistencia volvió a su cuerpo progresivamente y, al momento, sus pies resonaron contra el negro suelo adoquinado.

El eco producido alertó a las tres personas. Sin embargo, fue tal la impresión sobre su aparición repentina que no importó en lo absoluto.

Todo pareció ralentizarse, sin ningún ruido, sin ningún sonido.

Todos contuvieron la respiración, sabiendo lo que sucediera a continuación y, aun así, comprendiendo que era inevitable, como el hecho absurdo de intentar cubrir el sol con un solo dedo o detener la lluvia con una petición.

Azel se movió en cuanto uno de los hombres, el que no había pronunciado ni una sola palabra, pegó un chillido ahogado. Azel se abalanzó sobre él, a la vez que sujetaba la empuñadura de su espada y la desenvainaba con un veloz movimiento.

El arma, majestuosa e inconfundible, centelleó.

El hombre, aturdido, hizo un torpe movimiento en pos de empuñar su espada. Resultó inútil.

Azel no esperó, ni vaciló. Si desenvainabas una espada, debías estar preparado para matar, sino, ¿Qué sentido tendría? Hirviendo, notando la sangre condensada en su interior, Azel descargó el golpe con una fuerza inhumana mientras que el hombre levantaba su espada, dispuesto a bloquear el golpe.

Sin embargo, la espada de Azel se convirtió en bruma rojiza, atravesando la hoja de acero ordinaria como si su existencia fuera infinita. La espada del Hacedor de Sangre se materializó momentos después, y Azel realizó un profundo tajo sobre su oponente, desgarrando la tela de su vestimenta y cercenando la carne sin mayor resistencia. El hombre cayó al suelo a la vez que su propia espada. Muerto.

Un grito tras de sí llamó la atención de Azel.

Azel Hirvió instintivamente sangre. El ardor. El calor dentro de sí volvió y su cuerpo se inmaterializó cuando Evaporó. Giró mientras una espada atravesaba el aire cerca suyo, sin precisión, cortando el viento y llevándose tras de sí apenas unas volutas de sangre.

El golpe podría haberlo matado, no era invencible. Pero el hombre no sabía en donde debía golpear a alguien que era casi inmaterial, como si fuera poco más que el vaho de una persona.

Azel se deslizó tras del hombre alto, quien maldecía para sí mismo por su inutilidad, incapaz de verlo. Azel dejó de Hervir y cuando su cuerpo regresó a la normalidad se hallaba lejos del hombretón y, en su lugar, detrás del hombre que cojeaba. A quien verdaderamente debía matar.

Ese hombre se había quedado paralizado. Sin saber qué hacer.

Aterrado.

—¡Detente! —suplicó el hombretón, pegando un chillido al ver la escena frente a sus ojos.

Entonces Azel cortó la cabeza de su objetivo.

Fue rápido, insonoro. Sin dolor. Así era como le gustaba, pues evitaba que sus víctimas sufrieran.

El cuerpo cayó sin ninguna resistencia, y la cabeza rodó un par de palmos a lo lejos, manchada de sangre.

—¿Qué hiciste? —bramó el hombre, con lágrimas en los ojos. De rodillas y la espada a un lado mientras se quitaba la máscara—. Él debía salvarnos... ¡Lo mataste!

Azel no respondió. ¿Qué importaba lo que dijera? De todas maneras, en poco iba a asesinar a ese otro hombre.

Dio un paso hacia él.

De pronto todo le pareció mal. Azel creía reconocerlo, esta asegurado de haberlo visto en algún lado, pero no sabía de dónde. El hombre lloraba y suplicaba. Pero no lloraba porque fuera a morir, tampoco eran suplicas para que lo dejaran vivir. Lloraba por aquel a quien Azel había asesinado mientras rezaba a la diosa Diane.

Inconscientemente Azel dirigió la vista hacia la cabeza que yacía a poca distancia de él, viendo como la máscara había caído también, dejando el rostro al descubierto.

Y quedó paralizado.

La reconoció de inmediato. Reconoció la cabeza del muerto. Había visto a ese hombre en la catedral de Diane.

Su misión consistía en asesinar al Hierático de la religión de Diane. El hombre más importante de la fe en la Tierra Corrompida, el portavoz de la diosa, aquel a quien Azel más admiraba, acababa de morir.

Por sus propias manos.

Le espada, única para los Hacedores de Sangre, resbaló de sus manos y, con la respiración entrecortada, huyó de aquel lugar. Escuchando los

sollozos del otro hombre que, desconsolado, lloraba la pérdida del Hierático.

Capítulo 2

1

Nos llamaron dementes, incluso hipócritas y desalmados por seguir al Héroe aun después de que acabara con la vida de Diane.

Siento sus miradas, juzgando mi decisión. Siento su desaprobación e incluso su odio.

De Sangre y Ceniza.

Xeli soñaba que combatía en la mayor guerra que jamás existió. Sabía, de algún modo, que debían mantener posición mientras el Héroe y la diosa Diane sellaban el paso entre reinos.

En el campo de batalla, los soldados eran hombrecillos asustadizos. Seres insignificantes vestidos de rojo o de negro que luchaban contra demonios de increíble poder. Los valientes y honorables Caballeros Dragón estaban a la vanguardia del enfrentamiento, soportando oleada tras oleada de las huestes enemigas.

Era una lucha desenfundada y caótica; los soldados morían, arrasados y devorados por los demonios y los Caballeros Dragón estaban ante las cuerdas. Xeli no sabía qué hacía allí, era un soldado como cualquier otro. Inútil ante lo que sucedía, incapaz de frenar a los demonios. Incapaz de protegerse a sí misma.

Hombres tras de ella le suplicaban que los protegiera. Hombres vestidos de negro o de rojo, heridos y moribundos le pedían con sollozos que salvara sus vidas. Y Xeli se sentía inútil. Intentaba combatir, pero nunca había sostenido una espada antes. Intentaba luchar y proteger, pero cada uno de sus esfuerzos resultaba inútil. Personas y amigos, murieron frente a sus ojos sin que pudiera hacer nada.

Ella tan solo tenía diecisiete años. ¿Qué se suponía que hiciera?

Uno de sus compañeros de pelotón cayó a su lado cuando un demonio cuadrúpedo le desgarró el peto y le cercenó la piel. Xeli no pudo hacer nada por él y tuvo que huir de ahí en cuanto el pelotón se hubo

deshizo.

En la distancia hubo explosiones de sangre. Xeli entrevió a los Caballeros Dragón; veía como se acumulaba la sangre vaporizada en el ambiente, como todo el lugar era algo energúmeno. Y los veía combatir con gráciles movimientos, como si danzaran en el campo de batalla, acompañados de una frenética melodía que les impedía el descanso, como si les exigiera seguir en combate.

Y era hermoso.

¿Cómo algo tan cruel y repugnante como la muerte podía ser tan hermoso?

Xeli siempre se había preguntado cómo sería portar el poder de la sangre, como sería ser un Hacedor de Sangre. ¿Era así como se sentiría?

Entonces todo se silenció.

Y el campo de batalla explotó de luz.

Xeli volteó a sus espaldas haciéndose visera con la mano. Intentando ver algo entre el cegar repentino. La luz remitió, dejando una silueta vestida de negro cargando con alguien en los brazos. Los demonios huyeron despavoridos ante la mera presencia de la divinidad. El Héroe había llegado y todos los hombres vitorearon de alegría.

«¡El paso entre reinos esta sellado!», comprendió Xeli con excitación.

De repente, todos enmudecieron. Xeli se dio cuenta de que en los brazos del Héroe no estaba otra que la Deidad Inmortal, la campeona: Diane, la diosa dragón, en su forma de doncella.

Y estaba muerta.

Los soldados y los Caballeros Dragón se llevaron las manos a la boca, ocultando sus sollozos. Xeli trato de cubrirse los ojos, horrorizada ante lo que estaba viendo: gente derrumbada, soldados enfadados, Caballeros Dragón paralizados.

Diane tenía un corte en el pecho, un corte que solo podía ocasionar una sola espada en todo Edjhra. La espada del Héroe.

Los murmullos se le clavaron en la piel, como pequeñas púas de acero. Los insultos llegaron uno tras otro en repetidas ocasiones, como múltiples apuñaladas, una tras otra y sin descanso. Cuando Xeli trato de hablar, más y más personas prorrumpieron en gritos y sollozos. Cuanto

más se debatía Xeli por intentar alzar su voz ante la de todos, más sentía que se hundía entre los alaridos de dolor.

Y mientras, el Héroe parecía tener una mirada perdida, una expresión ausente. O distante. Incluso podría decirse que despreocupada.

—Tuve que hacerlo—murmuró el Héroe—. Ella me lo pidió. Era la única manera de sellar el paso.

Xeli supo que decía la verdad. No sabía cómo, pero confiaba en aquel hombre. Y, sin embargo, los insultos de todos los seguidores de Diane seguían resonando en sus oídos cuando sintió una presencia asfixiarla. La Devastación se aproximaba, corrompiendo y destruyendo todo a su paso, como una maldición, como una peste que se cernía sobre Edjhra.

Y, de repente, Xeli despertó. Durante un instante, todo le pareció una pesadilla; la joven señora gritó y proclamó que el Héroe era inocente, que decía la verdad.

Su rostro adquirió lágrimas, y se hizo un ovillo envuelta entre las sábanas de su lecho. Quiriendo ocultarse de la vista de todos, quiriendo desaparecer. No se dio cuenta en que momento habían entrado a su recámara. Pero cuando escuchó los pasos y visualizó una sombra cruzar sobre ella, Xeli empezó a temblar.

«Es inocente— se decía a si misma entre espasmos—. Lo hizo por nuestro bien... Por el bien de todos. Dejad de llamarlo traidor. Dejad de llamarnos traidores.»

—¡Somos inocentes! —exclamó Xeli cuando alguien retiró las sábanas que le cubrían el rostro.

Pero no era más que Rilox, su hermano mayor. El rostro del heredero estaba angustiado y preocupado.

«Estaba soñando—comprendió Xeli, sintiendo los rápidos latidos de su corazón. La angustia que la recubría. Angustia que no desapareció al ver el rostro perlado de su hermano—. ¿Qué hace Ril acá? ¿Por qué esta todo tan oscuro? ¿Por qué no hay nadie más?»

—Xeli, ¿estás bien? —preguntó su hermano, poniéndole una mano en el hombro.

Xeli no respondió, podía mantener el control. Tan solo necesitaba más tiempo para asimilar todo.

—¿Qué sucede? —preguntó Xeli en cambio.

Su hermano no tuvo tiempo para responder. Un sonido contundente llegó desde el sur de la ciudad. Las campanas tronaron desde la catedral de Diane. Toda la ciudad enmudeció. Xeli contó mentalmente las campanadas, sintiendo los escalofríos.

Cuando estas llegaron a siete, cesaron y ni una campanada más resonó.

Ocho era el número sagrado de la diosa Diane. El siete era todo lo opuesto.

Xeli alzó la vista hacia Rilox, con el corazón encogido, con el sueño aun fresco en su mente.

—Encontraron al Hierático Zelif en un callejón a las afueras del sector norte—dijo el heredero, sus palabras sonaban perturbadas—. Alguien lo mató.

Xeli sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Xeli había pasado horas acurrucada en su lecho, la noticia la tomó desprevenida como a cualquiera, con tal magnitud como si el mismísimo sol radiante que no se percibía desde hacía cuatro siglos por Sprigont, la Tierra Corrompida, hubiera surgido esa misma mañana.

Toda su familia ya estaba al tanto de la noticia, ella había sido la última en saberlo. Sus expresiones variaban del estupor al enfado. Su padre, Lord Haex, el gran señor, no se había dignado a ir a verla. Estaba demasiado ocupado para prestarle atención a una «niña malcriada».

Por supuesto, a Xeli no le importaba. Tenía cosas más importantes en las cuales pensar.

Era como si las imágenes en su cabeza chocaran entre sí. Zelif, el Hierático de Diane, había sido asesinado. Una muerte natural hubiera sido comprensible, era demasiado viejo y su pérdida podría haberse afrontado

con naturalidad. Sin embargo, ¿un asesinato?

¿Quién en su sano juicio podría plantearse el hecho de cometer semejante barbaridad?

Si romper los tabús podía ocasionar desgracias en una persona, ¿Qué ocasionaría asesinar al hierático de la religión, al portavoz de una deidad?

Xeli sacudió la cabeza, incrédula. Tenía que ir al velatorio, quería verlo con sus propios ojos. Zelif era alguien bueno, en verdad bueno, cosa que no podía decir de muchos de los devotos de Diane, su familia incluida.

Él no debería haber muerto.

Suspiró, largo y tendido, apoyada en el muro del balcón. La ciudad se extendía a sus pies, negra, como si una sombra perpetua hubiera descendido. La gente se congregaba en las calles del sur, allá, como pequeñas manchas rojizas. Iban en dirección en la catedral de Diane, una maravilla arquitectónica.

Vestían de rojo, el color sagrado de la diosa Diane. Con estas vistas y la cantidad de gente pululando, cualquiera pensaría que toda la ciudad pertenecía a la fe de Diane, que haría parte de los Campeones.

No estaría muy distante a la realidad.

Xeli se preguntaba de vez en cuando como sería el mundo fuera del continente. Había leído sobre la belleza de los colores, sobre el radiante sol amarillo, sin embargo, le costaba imaginarlo. La Devastación le impedía imaginarlo. Negrura por doquier, un cielo enmarañado y opaco y un sol moribundo.

No le agradaba ir a la catedral de Diane. De hecho, era de lo que menos le gustaba a Xeli. No obstante, tenía que ir. No solo por exigencia de su familia y su elevada posición, sino porque necesitaba saber que hablarían los Campeones al respecto. Una parte de ella temía que acusaran a los Héroes.

No sería extraño.

Llevaban cuatrocientos años insultándolos y odiándolos. Menospreciándolos por haberlos traicionado por haber asesinado a Diane. Xeli seguía buscando un argumento para hacerles entender que tal traición de la que hablaban nunca había ocurrido.

Buscando una manera de decirles que hace cuatrocientos años los Héroes marcharon junto a Diane, para acabar con los demonios. Que la Devastación se debió al choque de poder. Que el Héroe nunca intentó engañar a Diane para asesinarla. Que la Diosa se había sacrificado, como lo hizo una vez el Héroe.

Sin embargo, se rehusaban a escucharla, a escuchar a cualquiera. Se cernían a una historia errónea escrita hace cuatrocientos años.

Golpearon a su puerta y unos pasos resonaron pronto por la habitación. Xeli salió de su ensimismamiento cuando la voz de su hermano la llamó.

—¿Estás segura de querer ir vestida así? —preguntó Rilox, el heredero.

Xeli dio media vuelta, para encontrarse con su hermano. El joven, mayor que ella, vestía con unas pulcras ropas rojizas. Su casaca se extendía detrás de él, de un color escarlata y con recamados verdosos. Los colores de los Stawer.

—¿De qué otra manera se supone que debería ir vestida? —replicó Xeli. Rilox no respondió, casi parecía que le esquivara la mirada, apenado—. Lo siento, Ril. Pero esta es mi ropa sagrada, este es el color que me representa, no el rojo.

Rilox suspiró, claramente consiente de que no podía contradecir a Xeli. El joven se limitó a sonreír. Por eso era su hermano favorito.

—Por suerte el negro te favorece—dijo él—. Ven, vamos. Se hace tarde y tenemos que llegar antes del mediodía.

Xeli asintió y fue tras de él.

Ella no le había pedido que viniera a recogerla, él lo había hecho por su propia cuenta, como todas las demás veces en las que ocurría algún acontecimiento importante que involucrase a toda la familia. Xeli le agradecía a su hermano por esto. Sería un excelente lord cuando heredara el puesto de su padre.

—¿Qué crees que sucedió? —preguntó Xeli, con las manos recatadas en el frente. El cabello castaño iba entrenzado a un costado.

—No lo sé—respondió Ril negando con la cabeza. Pese a todo el tiempo juntos, su hermano seguía caminando con ese toque imperioso. La mirada en alto y la vista centrada—. Pero no parece que vaya a salir muy bien. Tienes que tener cuidado hoy. No solo de padre, yo te ayudaré ahí. Me refiero en la catedral, la gente habla. Lo sabes. Es peligroso el simple

hecho de que te pronuncies por ahí.

—No tienes que preocuparte. Siempre hablan de nosotros, de mí. Puedo soportarlo.

—No me estás entendiendo, Xeli—dijo Ril, enfocando la mirada en ella, observando sus ojos. Xeli comprendía el significado de esa mirada—. Esta vez es diferente, por algún motivo lo es. Tienes que tener cuidado con lo que haces, con lo que dices. ¿Entiendes? Por favor, Xeli, hazme caso esta vez.

Xeli tardó en responder.

—Entiendo.

Rilox asintió para sí, sonriendo. ¿Cómo podía Xeli discutir contra eso? La respuesta era simple: no podía. Así que le devolvió la sonrisa.

El castillo de los Stawer parecía un laberinto si desconocías su estructura. Los pasillos, altos y abovedados, con lienzos en los muros de piedra de la Diosa Diane, se extendía a lo largo y ancho, trazando curvas e intersecciones.

Rilox guiaba la marcha. Xeli no tardó en comprender que se dirigían a la antesala del salón. Su padre esperaba ahí. Esa era la razón real por la que Rilox había ido a recoger a Xeli. Para apoyarla cuando se presentará ante él.

—Padre no reaccionó muy bien a la noticia, ¿sabes? —dijo Rilox por fin, rompiendo el silencio.

Xeli sonrió con amargura.

—Padre nunca reacciona bien cuando son malas noticias, Ril—mencionó Xeli—. ¿A quién le gritó esta vez? ¿A madre, quizá? ¿A los guardias? ¿A ti? Pobres de los que estuvieron junto a él cuando se dio a conocer la noticia. ¡Devastación, Ril! Pobre del mensajero.

Rilox alzó una ceja, sucedía cada vez que oía a Xeli maldecir.

—¿Y si te dijera que no grito a ninguno de los presentes?

—Diría que me estas tomando el pelo—Rilox no respondió. Xeli se detuvo se sopetón—. ¿De verdad?

Su hermano asintió.

—Yo estaba con él cuando sucedió—dijo Rilox, instalándola a seguir caminando—. Habíamos despertado temprano, padre necesitaba hablar conmigo. Entonces llegó uno de los mensajeros de Diane. Todos guardamos silencio ante la noticia. Padre pareció quedar en shock, ni siquiera se atrevió a despedir al mensajero, como si no quisiera perturbar el silencio.

Xeli no encontró las palabras.

—Eso fue incluso más aterrador que escucharlo gritar encolerizado—añadió Rilox.

Xeli asintió, despacio. Sintiendo un pequeño escalofrío en su espalda.

—¿Esta noche podré escucharte tocar una de tus melodías?—preguntó Rilox—. Han pasado semanas desde que te volví a escuchar.

Xeli sonrió.

—No sabía que extrañabas mi música.

Rilox carcajeó.

—Tu música es la única buena que hay en todo el castillo—dijo Rilox—. La música de los bardos es elegante o movida, incluso poética y hermosa. Pero le hace falta algo que solo tú tienes. Emoción, sentimiento y pasión. Escuchar una de tus canciones es como escuchar la vida misma.

La joven señora se sonrojo.

Y luego le propinó un codazo a su hermano, quien soltó un quejido mientras se reía.

—Exageras—dijo Xeli.

—No lo hago, sabes que soy incapaz de mentir.

Eso era cierto.

—Hace mucho no toco ningún instrumento—dijo Xeli en voz baja.

Añoraba volver a hacerlo. Era la única de las cosas que su padre no le había privado, que había mantenido aún después de cambiar de religión. Era lo único en lo que se sentía libre, donde podía expresarse, donde sus sentimientos podían salir a flote sin peligro.

Pero estas últimas semanas había estado demasiado ocupada.

—Puedes practicar esta noche—instó Rilox.

—Está bien, está bien—dijo Xeli—. Pero solo si traes uno de esos postres de manzana.

—Trato hecho—dijo Rilox.

Entonces el heredero recuperó su semblante cuando trazaron la siguiente y última de las curvas.

—Ya casi llegamos—dijo Rilox—. Recuerda, intenta no hacer enojar... —volteó a ver de nuevo a su hermana, levantando la ceja, como si estuviera a punto de decir una obviedad—. Intenta no hacerlo enojar mucho, por favor.

Xeli sonrió. Su hermano nunca se cansaba de repetirle lo mismo.

—No te preocupes, Ril. Cuidaré mi lengua.

—Más te vale mantenerla bajo candado frente a padre, si es posible. Es agotador intentar corregir un pleito cada vez que hablas.

—Haré lo que pueda—bromeó Xeli.

Al final del pasillo, Xeli entrevió a un par de guardias que custodiaban la entrada, con elegantes uniformes verde esmeralda que resaltaba incluso en lo deslumbrante del lugar. Al verlos llegar, ambos guardias abrieron la puerta que daba a la antesala.

Efectivamente, Lord Haex Stawer esperaba ahí. El hombre observaba una de las pinturas que representaban a Diane. Más concretamente, aquella en la que se veía su descenso al mundo: una luz plateada que repelía la oscuridad.

Su padre era un hombre que, a pesar de la edad, mantenía su regia postura. Su atuendo rojizo resaltaba su firme complexión y su cabello oscuro descendía por sus hombros. Cuando volteó a ver a Xeli, su mirada se ensombreció.

—¿Qué significa esto? —exclamó Lord Haex.

Xeli no cedió, hacía mucho tiempo había dejado de hacerlo.

—¿A qué te refieres, padre? —dijo Xeli y notó como a su lado, Rilox pegaba un respingo, apretándole el brazo. Sin embargo, forzaba un rostro

de neutralidad.

—No estoy para tus juegos, Xeli—respondió Lord Haex, con una mirada de reproche y... ¿acaso era eso decepción? —. ¿Qué haces vestida de esa manera? ¿Hasta cuanto voy a tener que soportar esta insolencia tuya?

—Visto como representa mi doctrina, padre—dijo Xeli.

La mirada de Lord Haex era severa, impasible. Era un hombre que generaba escalofríos, que su mera presencia hacía estremecer a las personas. Pese a esto, Xeli le mantenía la mirada. Quizá era la única que aún se atrevía a hacer algo tan temerario y tan descarado como aquello.

—No pertenezco a la religión de Diane—continuó Xeli—. ¿Cuánto más tardaras en comprenderlo? No sigo a vuestra Diosa, a tu Diosa.

—He soportado durante mucho tiempo tu insolencia, niña—replicó Lord Stawer—. ¿Te empeñas en ofuscarme? Está bien. Hazlo. ¡Haz lo que quieras! Pero no iras al velorio del Hierático Zelif de esa manera. ¡Lo prohíbo!

—Tu voluntad no importa—declaró Xeli sin perder la compostura. Notó como su hermano le apretaba el brazo aún más fuerte—. Iré en representación de la iglesia del Héroe como la segunda hija del gran señor de Sprigont, gobernante de Nehit, como dicta la tradición.

Lord Haex estuvo a punto de replicar.

—Tiene el derecho de ir—añadió Rilox, con una voz suave—. El Gran Consejo lo consiente.

Solo bastó con ver la inmensidad de la catedral alzarse ante sus ojos, para que Xeli admitiera por fin la cruda verdad.

Había sido una pésima idea.

Siempre lo había sabido, desde luego. Pero, ¡devastación!, ¿por qué siempre era tan terca? Todos le habían dicho que era mala idea, aun así, ella había insistido. Tenía buenas razones, por supuesto, y todo lo que había dicho era cierto. Eso no hacía que aceptar la verdad fuese mucho

más fácil. Solo complicaba más las cosas.

Pues ya no podía retractarse.

Su familia se había adelantado, había sido idea de Rilox. Xeli lo agradecía plenamente. Además, había sido una acción sabia. Todos ellos irían vestidos de rojo, como muestra de respeto y símbolo de la religión de Diane. Si Xeli fuese junto a ellos, vestida de negro como lo haría, solo crearía mayor revuelto.

Sin embargo, tampoco iba sola.

Xeli lideraba la marcha, seguida de media docena de guardias sacerdotes del Héroe, hombres y mujeres a partes iguales, vestidos con largas túnicas negras de mangas anchas, y con recamados de un verde esmeralda, sencillo, pero notorio. En el costado de su corazón llevaban el símbolo del Héroe: un guiverno de escamas negras descendiendo bajo un cielo oscuro.

Representaba el momento de la tan inesperada llegada del Héroe al campo de batalla a lomos de su guiverno.

Inesperadamente, el Hierático Loxus iba con ellos. El anciano caminaba encorvado, con las manos en la espalda. Habían pedido un palanquín para cruzar la ciudad hasta la catedral de Diane. Sin embargo, ahora el mínimo esfuerzo de caminar unos pocos metros parecía agotar en demasía al anciano.

—¿Estás seguro de que deberías haber venido? —preguntó Xeli, preocupada.

—¿Y eres tu quien me lo dice? —dijo Loxus.

La joven señora bufó.

—Sí, lo sé. No tienes por qué reprocharme—respondió Xeli—. Lo que quiero decir es que, ¿está bien que el Hierático del Héroe se presente a la catedral de Diane?

—Si los creyentes y los sacerdotes pueden, ¿Qué hace que lo mío sea diferente?

Xeli no respondió.

«Todo, ¿por qué no lo entiendes, Loxus? Tu nos representas y no sabemos cómo reaccionaran los devotos de Diane. El que estés no los aplacará,

sino hará todo lo contrario.»), pensó.

La gente se acumulaba incluso desde las afueras de la inmensa catedral, el color rojo resaltaba entre lo opaca que era la ciudad. Xeli y compañía recibieron un par de miradas e, independientemente que ella fuese hija del gran señor y Loxus un Hierático, estas reflejaron hostilidad.

Uno pensaría que, tras la muerte del Hierático Zelif, se mostrasen más aplacados, incluso llorosos y apesadumbrados. Pese a que algunos estaban así, la mayoría proyectaba una presencia hostil, enfadada, como la de un animal encadenado que ruge ante su impotencia.

Esto aterraba a Xeli. ¿Cuánto haría falta para que retiraran estas cadenas? ¿Cuánto haría falta para que los Campeones se cansaran de realizar meras amenazas e insultos y entraran en la acción?

Los sacerdotes del Héroe no estaban cómodos tampoco, mucho menos tranquilizados. No respondían con hostilidad ante las miradas inquisitivas, tampoco sumisos, sino algo más prudente. No desviaban la mirada, tampoco la fijaban. Estaban preparados para defenderse de ser necesario, pero no serían ellos quienes comenzarán la riña.

¿Cuándo sería el día en donde Xeli no viera a ambas religiones en este absurdo conflicto? ¿Cuándo sería el día en donde decidieran escucharla?

Los sacerdotes abrieron paso entre la multitud congregada en las afueras de la catedral. Si, eran tratados con hostilidad, pero estos sacerdotes también pertenecían a la guardia personal de Xeli. Elegida por ella misma junto al consejo de Loxus y Rilox.

Pasaron por las inmensas puertas, custodiadas por dos estatuas que Xeli reconocía muy bien, incluso en la catedral del Héroe se podían encontrar esta clase de representaciones. Una era la de una joven de larga cabellera plateada y de ojos azules, acompañado de un vestido infantil. La otra, representaba una criatura similar a un guiverno, solo que mucho más imponente, más poderosa y más bella. Divina. Un dragón.

Ambas eran la diosa Diane.

La catedral por el interior no era sino más sorprendente todavía. Xeli ya había estado aquí antes. Sin embargo, nunca dejaba de sorprenderse verdaderamente por lo que veía. El lugar parecía demasiado perfecto, casi irreal incluso.

La luz se filtraba por los vitrales, y las imágenes en estos parecían tener una luminiscencia contenida, como si radiaran. Pese a todo, el lugar, de

algún modo, parecía mucho más oscuro, como la de una noche neblinosa.

Y no solo eso. No había un completo silencio, pero lo parecía. Apenas murmullos resonaban de vez en cuando. Era un silencio extraño, inquieto. Expectante. Más que eso, repulsivo, como si una de desazón estuviera presente.

Un hombre, cubierto de pies a cabeza con una ropa raída, cruzó junto a ella, con la cabeza gacha. Respiraba con complicaciones, jadeaba, como si acabara de presenciar el fin de las cosas. Y temblaba. Devastación, Xeli no había visto a alguien temblar de esa manera desde hace mucho tiempo.

—Que el Héroe lo ayude—escuchó murmurar a Loxus a su lado.

Xeli observó como el hombre se perdía entre la multitud, rumbó a la salida. Pobre de él. Debió afectarle mucho la noticia sobre la muerte de Zelif.

Cuando las personas se abrieron a su paso, Xeli por fin comprendió el porqué de la multitud. No solo significaba que había mucha gente congregada, sino que una gran parte de la catedral era inaccesible para la gran mayoría.

Y menos mal que lo era.

Xeli consiguió ingresar sin problema junto a los suyos. Nadie, por hostiles que se vieran, hizo un comentario al respecto. Los sacerdotes de Diane, vestidos de rojo, solo observaron. Atentos a lo que hacían.

No tardó mucho en encontrar a su familia, la zona ahí parecía casi vacía en comparación con la otra. Su madre, Lady Jhunna, tenía la mirada apagada, observaba hacia al frente, pero sin hacerlo en realidad. Rilox la sujetaba del brazo, y aunque siempre parecía mantener una pose confiada, esta vez parecía perturbado.

Vexil no estaba con ellos, su hermana menor debía de estar junto a los sacerdotes en algún otro lugar de la catedral. Ella se había unido a la iglesia de Diane cuando Xeli se rehusó hace tantos años atrás.

«¿Y Kisol?»

La niña de apenas unos ocho años no se veía por ninguna parte. ¿Su padre había sido sensato y la había dejado en el castillo al cuidado de sus tutoras?

Entonces, por fin Xeli entendió el porqué del silencio y la angustia.

En el centro, frente al púlpito y donde las ocho estatuas de los Guardianes de la Diosa, fijaban sus miradas, había un altar.

Y sobre él, un cuerpo.

El Hierático Zelif parecía dormir plácidamente, vestido como Xeli lo recordaba, elegante, pero no ostentoso, una ropa limpia, de rojo y plata. Parecía perfecto, salvo por el hecho de que no tenía cabeza.

Xeli no disimuló su estupor. Por un momento sintió un breve mareo, su cuerpo se tambaleó y sintió el estómago revolverse.

Su padre se hallaba frente al altar. Absorto en el cuerpo, sin perder la compostura, sin alterar su imagen. Con las manos en la espalda y la frente en alto. Pero hasta Xeli comprendió que en su mirada había incredulidad. Incluso enfado. Pero, más que todo ello, había cierta ausencia.

Lord Haex la observó de soslayó y cierta molestia se distinguió en la comisura de sus labios, sin embargo, apenas si le prestó atención. Zelif la ocupaba toda.

—¿Quién... quien pudo hacer esto? —farfulló Xeli.

Xeli creía estar preparada para este momento, para esta vista. Pero, en verdad, nunca lo estuvo. Veía el cuerpo de Zelif ante sus ojos y sentía los escalofríos recorrerle la espalda.

El anciano le caía bien, era agradable y su pérdida fue dolorosa. Sin embargo, esa no era la razón de sus escalofríos. La verdadera razón era mucho más profunda y más aterradora. Se debía a las consecuencias.

Este asesinato parecía un llamado o una advertencia. Quizá incluso una señal o una proclamación. En todo caso era malo, muy malo. Podía escucharlos, cerca de ella. A su alrededor, en todas partes. Los susurros, los murmullos.

Las acusaciones.

—... fueron ellos.

—Deben ser los Héroes, ¿Quién más sino?

—¿Por qué Lord Stawer tuvo que permitirles quedarse? Solo han causado problemas.

—Esos traidores hijos de puta.

Xeli permaneció en silencio. Escuchaba atentamente los murmullos de la gente en la catedral. No eran unos pocos, unos cuantos a los que pudiera ignorar, eran la inmensa mayoría.

Parecía haber silencio, pero en verdad era un ruido muy reducido, como un pequeño caos inentendible si se globalizaba, pero comprensible si se dividía en los grupos que había.

Eran habladurías de odio, un odio tan arraigado, tan profundo, que parecía sofocarla. ¿Por qué tanto odio? Los Héroes nunca les habían dado motivos para aquello, habían luchado junto a Diane, nunca la habían traicionado. ¿Por qué decían eso? Xeli nunca había llegado a comprenderlo.

Todo estaba mal, todo estaba realmente mal. Asesinaron al Hierático de Diane, un hombre amado y aclamado por la ciudad, un hombre que había vivido por muchos años en Nehit. Que había crecido y vivido en las tierras de Sprigont.

«Toda la ciudad lo amaba... No, todo Sprigont lo amaba. Salvo un pequeño porcentaje...»

Los Héroes.

Tenía sentido, desde un punto retorcido y carente de sentido. ¿Quiénes sino serían los responsables? ¿Quiénes sino tendrían razones para hacerlo? Solo los Héroes podían estar inconformes, solo los Héroes...

Loxus tocó su hombro, solo entonces Xeli comprendió lo tensa que estaba.

—No los escuches—dijo el anciano con una cálida sonrisa, su agarre era suave. Reconfortante y, sin embargo, Xeli notó algo distinto en su voz... sonaba ¿distante? —. No dejes que sus palabras te hieran. Venimos a despedirnos de Zelif. Tan solo eso.

Xeli asintió.

Loxus tenía razón, los Héroes eran inocentes. No debería preocuparse por lo que sea que quisieran creer los Campeones. Sin embargo, resultaba difícil no escuchar los murmullos a su alrededor. Xeli quería saltar sobre ellos y gritarles lo equivocados que estaban.

No lo hizo, desde luego, permaneció firme, junto a Loxus.

Intentando ignorar todo. No hacer caso a las acusaciones.

«Tranquilízate, tranquilízate, puedes hacerlo.»

Las acusaciones callaron como una llama contenida cuando una voz resonó de pronto. Xeli contuvo la respiración al instante y alzó la vista aferrándose al agarre de Loxus.

Ahí, en el púlpito, se encontraba un hombre de casi cincuenta años, de rostro afilado, y ojos agudos. Iba vestido con una túnica carmesí ligeramente distinta a la de los demás sacerdotes. Esta presentaba ornamentos plateados y glifos de Diane.

Se trataba de Ziloh, uno de los sacerdotes de más renombre en Nehit, uno de los antiguos consejeros de Zelif. Y un hombre de lo más apreciado por la ciudad.

Xeli lo detestaba. Lo odiaba con todo su ser.

—Hijos de Diane, hijos de Sangre, sean bienvenidos una vez más—dijo Ziloh; su voz era rasposa, dolida—. Gracias por asistir el día de hoy.

» Zelif me preparó para innumerables ocasiones. Me enseñó y me guió por el camino de Diane. Sin embargo, nunca me preparó para su pérdida. ¿Cómo un hombre puede prepararse para algo semejante?

El sacerdote guardó silencio y cerró los ojos durante unos momentos con los brazos extendidos a los lados. Y los creyentes parecieron imitar su comportamiento. Xeli sintió un mayor silencio. Y un leve dolor, como si la pena y la pérdida de Zelif la embriagara. Una culpa repentina la aplacó.

Ziloh abrió los ojos y, con una descarada casualidad, los fijo en Xeli y su sequito. De inmediato, la expresión dulce y gentil del hombre se distorsionó. Xeli lo vio: el odio, el desprecio y el desagrado. Luego, esta expresión desapareció como un vaho que se diluye en el aire.

—Su cuerpo fue hallado a altas horas de la noche, como bien se les fue anunciado a todos en la mañana—siguió el sacerdote—. Su pérdida nos entristece... —de pronto su voz se cortó, como si la debilidad oculta tras esa fuerza se desvaneciera—. ¿Quién podría pensar en cometer esto?

Entonces, sujetándose la cabeza con ambas manos, el sacerdote se derrumbó sobre el púlpito. Sollozando.

Y la gente en la catedral prorrumpió en llanto también.

Xeli quedó paralizada. Hace tan solo un momento todos parecían fuertes, como si la muerte de Ziloh no hubiera golpeado demasiado fuerte en sus corazones. Sin embargo, lo de ahora era completamente diferente. Todos parecían derrumbados. En shock. Con la vista muerta.

Y Xeli temía esto más que la hostilidad.

La joven señora dirigió una hacia Loxus y notó la tensión del anciano, así como la suya propia.

«Oh... no», pensó. Suponía..., no, sabía lo que venía a continuación.

—Lo mataron—dijo el sacerdote, con una voz quebrada y enojada. Xeli sintió de nuevo la punzada, ese repentino dolor y tristeza—. Mataron a nuestro Hierático. Zelif murió con devoción a la diosa, sin nunca retractarse de sus creencias. Siguiendo el camino sagrado como portavoz de Diane.

» Murió cerca de los Impuros. Por las Calles Negras allá cerca del norte de Nehit. Zelif iba como siempre, viendo a que almas podía ayudar de tal blasfemia de la fe. Él no merecía morir.

«¿Durante la noche...?»

Xeli se sujetó el brazo, conteniendo la ira que burbujeaba en su ser. Ese hombre estaba acusando a los Héroes frente a docenas... cientos de Campeones. Xeli observó a su alrededor. Todos los miraban, pero no directamente, era una vista de soslayo, casi disimulada, pero sin llegar a serlo.

La joven señora se sintió presionada por las miradas, algunos murmullos volvieron a pronunciarse. Esto era a lo que se refería su hermano que pasaría. Observó a Loxus y el anciano se mantenía impassible, observando el cuerpo de Zelif. Los demás sacerdotes del Héroe se encontraban incómodos, Xeli lo notaba por la forma de su postura.

—¿Por qué habrían de matarlo? —preguntó abiertamente Ziloh, hablando con una voz fuerte, quebrada, pero firme. Devotaría—. ¿Qué ganan haciéndolo salvo causar dolor y sufrimiento? ¿Eso es lo que querían? ¿Eso es lo que quieren que suceda? ¿Ver el mismo dolor que hace cuatrocientos años? Incluso Zelif accedió a su tratado de paz... ¿Por qué siempre buscan quitarnos algo que amamos esos traidores?

Xeli volvió a sentir la pulla abofeteándola. No iba a aguantar más tiempo. Abrió la boca, como para decir algo, y entonces Loxus dio un paso

hacia el frente.

—Oh, viejo amigo, no esperaba que fueras el primero en marcharse—dijo Loxus caminando entre la multitud hacia Zelif. Su ropa negra decantaba entre el rojo como una mancha en una pared blanca.

—¿Viejo amigo? —bramó Ziloh, con un respetó controlado, como el de un sabueso amordazado. Los demás no parecían notarlo, o parecía darles igual. Xeli odiaba esa hostilidad.

—Recuerdo lo que hablamos—continuó Loxus sin prestarle importancia al sacerdote que parecía explotar por la ira— y no sé si pueda lograrlo. Vine una última vez a despedirme de ti, como sé que tu habrías hecho por mí. Espero que el Héroe y la Campeona te aguarden en el más allá.

Loxus había quedado a una corta distancia del altar. Rodeado de las estatuas. Cerró los ojos un momento, dijo una plegaria como para sí mismo, sin que nadie más pudiera escucharlo y volvió la vista hacia Ziloh.

—Es hora de que me marche junto a los míos—declaró Loxus con una sutil inclinación; lo suficiente para mostrar respeto, más no sumisión—. Lamento la interrupción y la incomodidad que causa nuestra presencia. No volveremos a venir por acá, si así lo desean.

Loxus se volvió hacia la salida y Xeli y los demás los siguieron.

Al salir de la catedral Xeli notó como esa presión casi irreal desaparecía, como esa tensión disminuía. La culpa y la tristeza desaparecieron, esfumadas.

—Has estado a punto de cometer una imprudencia, mi señora—dijo Loxus. Xeli no respondió, había momentos en donde era mejor no hacerlo—. Tienes que tener cuidado con lo que dices y lo que haces. Tienes una lengua afilada y hay lugares donde es más peligroso de lo que supones tenerla.

—¿Aun si lo que digo tiene más fundamento que lo de ellos?
—respondió Xeli—. ¿Aun si lo que digo es para defendernos?

—Aun cuando eso—dijo Loxus y luego de una pausa continuo—. No vuelvas por el sur de Nehit si puedes evitarlo. Es peligroso. Te conocen, sí, pero están tristes y enojados. Sé más prudente de lo normal y nunca vayas a ningún lugar sin compañía. ¿Me entiendes?

Xeli asintió.

—Regresemos a la catedral.

Capítulo 3

2

A veces me pregunto, ¿cómo fue que llegamos a esto? Habíamos conseguido lo imposible. Habíamos conseguido que todas las naciones se unificaran en una sola. Todo Edjhra se había aliado en contra de los demonios.

Y ahora, esa alianza parece decaer. Parece a punto de derrumbarse.

De Sangre y Ceniza.

Uno pensaría que, después de viajar por los confines del mundo y haber contemplado más allá de lo que cualquier hombre podría siquiera soñar, la ciudad de Nehit no sería más que la depresión de la arquitectura de antaño, la repulsión hecha ciudad.

Una ciudad que se hallaba gobernada por tonos opacos y negros, como si siempre estuviera cubierta de hollín y cualquier muestra de color inmediatamente fuera carcomida por esta oscuridad.

Sin embargo, Cather veía maravillas en donde todos veían corrupción y desconsuelo.

No podía negar que los colores fuera de la Tierra Corrompida eran deleitantes, diferentes tonalidades que decoraban el mundo, ciudades que se alzaban en las montañas nevadas o en los verdes campos, incluso edificaciones que se elevaban en grandes islas en el cielo. Allá afuera los colores parecían una representación de la vida misma, una muestra de la divinidad.

Pese a esto, Cather tenía cierto deleite cada vez que visitaba la capital.

No sabía si era por su ilógico y extravagante color negro o por su singularidad y extrañeza ante lo colorido. Pero había algo en Nehit que la embelesaba.

Las altas murallas se alzaban a los lejos; muros sombríos de una desorbitada altitud, que se hallaban resquebrajados, como si el mínimo golpe fuera capaz de quebrarlos. Sin embargo, estas grietas parecían tener cierta luminiscencia negra. Era como si las murallas estuviesen cubiertas de venas brotadas que palpitaban con el cambio de intensidad

en el color.

Esta era una de las marcas más claras de la influencia de la Devastación en la ciudad: la causante de su casi destrucción y su actual nutriente de vida.

La Caballera Dragón, Cather, había planeado volver a la capital. Solía hacerlo de vez en cuando, unas dos o tres veces al año como mínimo. El Gran señor y los Hieráticos solían informarle sobre los eventos u ocurrencias, por lo cual no tenía mucho sentido que ella fuera directamente a Nehit de manera continua, mucho menos que se ausentara allí. Había lugares que necesitaban su presencia con mayor urgencia.

Esta vez tuvo que ir a la capital bajo una petición oficial del gran señor de Sprigont: Lord Haex Stawer.

Jamás imaginó que aquella petición se debería a la muerte del Hierático Zelif.

No.

El asesinato del Hierático Zelif.

Cather había estado eufórica cuando recibió aquella noticia hace ya una semana atrás. Recordó haber cuestionado el porqué de aquel acontecimiento. Incluso llegó a aislarse durante toda una jornada en sus aposentos intentando asimilar lo sucedido. Finalmente terminó partiendo aquella noche, bajo peticiones y suplicas de que esperara a la salida del sol.

—Las noches son peligrosas—le decían.

Cather no espero. No podía esperar más. Tenía que llegar cuanto antes a la capital.

Eso significo que no hubo tiempo de anunciar su llegada como usualmente se acostumbraba con un Caballero Dragón. No hubo el toque de las ocho campanadas, no hubo un tumulto de gente esperando en las puertas de la ciudad proclamando su llegada, mucho menos hubo una doble fila de soldados que conducían al gran castillo de los Stawer.

Solo se veía la negra muralla, las enormes puertas abiertas y los custodios de Nehit. Un paisaje tan desolado como lúgubre, tan solitario como si embargara la pena que sufría ahora mismo toda la ciudad... no, todo Sprigont.

No iba sola, por supuesto. Ningún Caballero Dragón viajaba solo. Cather iba acompañada por sus dos escuderos, dos jóvenes entrenados

por el Gran Consejo.

Ambos escuderos resguardaban su espalda: cabalgando tras de ella, siguiéndole el ritmo. Voluth iba ataviado con una armadura negra como el carbón, sus colores y su emblema grabado en su pecho y escudo, correspondían a la fe del Héroe, eran su muestra de lealtad y devoción a la iglesia. Mientras que Kazey portaba una armadura escarlata, tan brillante que parecía absurdo que el metal pudiera brillar de esa manera; era una armadura que la mismísima iglesia de Diane le había concedido por su fidelidad.

Y que Cather estuviese junto a ellos no significaba que todos compartieran las mismas creencias, significaba que la Caballera Dragón trabajaba con un miembro distinguido de cada una de las religiones, que ellos representaban la dualidad y que Cather era la propia imparcialidad de la fe.

Una persona que no servía a Diane y, sin embargo, tampoco al Héroe. Sino a ambos a la vez. Una Caballera Dragón.

—¿Qué significa esto, entonces, Sir Cather? —preguntó Voluth quien no se había animado a dirigirle una sola palabra en lo largo del viaje.

Había sido sensato, Cather no habría querido desquitarse con el muchacho.

—Significa que hay un asesino libre y debemos dar con él cuanto antes—dijo sin despegar la mirada del frente. No quería mirar Voluth a los ojos y que este apartara la vista por su mirada inquisitiva—. Dime, Voluth. ¿Qué le impide ahora mismo al asesino acabar con la vida de Lord Stawer? ¿O con la del Hierático Loxus?

Voluth guardó silencio.

—Correcto, nada—dijo Cather.

Cather había querido arrancarse el cabello castaño en cuando supo que Zelif había sido asesinado. Había sentido una gran frustración, una impotencia sin igual. Su trabajo consistía en velar por todo el continente. Ser la figura de poder por la cual nadie se atrevería a cometer una barbaridad y una estupidez semejante

No sirvió para nada.

«Esto no tenía por qué haber sucedido.», se reprimió.

—Sir Cather—llamó Voluth, espoleando su yegua para situarse junto

a la Caballera Dragón.

Cather soltó un gruñido en respuesta. No tenía ganas de hablar.

—¿Qué es lo que espera lograr alguien acabando con la vida del Hierático Zelif? —preguntó Voluth en un tono más que inocente.

—Solo Diane o el Héroe lo saben ahora mismo—respondió Cather de mala gana, conteniendo la ira que bullía en su interior. Tenía que controlarse para no alzarle la voz al muchacho.

Entendía lo que el joven estaba haciendo. Quería ayudarla a tranquilizarse para cuando hablara con Lord Haex.

El problema era que Cather no quería tranquilizarse.

—No entiendo con qué propósito alguien haría algo como esto, ¿sabes? —añadió Voluth, observando el cielo enmarañado. Parecía nervioso—. ¿Qué esperaría alguien matando al Hierático Zelif? Tan solo ocasionaría...

De pronto, el joven enmudeció.

—Ocasionaría un caos en la ciudad, si—terminó Cather por él de mala gana—. No importa que suceda a continuación, no importa a quien culpen. No importa siquiera si atrapamos al asesino. No importara nada si no hacemos algo para evitar que todo termine en caos.

—Pero...

—Ya, Voluth. Guarda silencio—dijo Kazey, espoleando su caballo—. Deja a Cather en paz. Ya tiene mucho en lo que pensar para que no pares de recordárselo.

Voluth guardó silencio, claramente culpable.

Cather agradeció la interrupción de Kazey, aunque no la manera en la que reprendió al pobre muchacho.

La caballera respiró hondo y observó el cielo. Ahí estaba, en alguna parte, dirigiéndose al este. Aquel latido que tanto la reconfortaba...

De ahora en adelante Cather velaría por la ciudad y nunca volvería a haber un asesinato semejante bajo su cargo. Aunque para eso tuviera que colgar al asesino en público y dar un escarmiento. Pero no permitirá que el tratado de paz entre Héroe y Campeones por el que habían

luchado en el pasado se derrumbara sin más.

Espoleó su caballo cuando por fin hubieron llegado a la ciudad, mientras las placas de su armadura blanquecina replicaban acompañando el sonido de los cascos de Valiente, su yegua.

Los custodios de la puerta aguantaron la respiración al verla llegar, como si acabaran de presenciar a la mismísima divinidad. Fue inevitable cuando sus ojos se dirigieron a la espada que llevaba Cather colgada en el cinto.

Era única, la guarda se acoplaba directamente a la mano del portador, casi se adhería a la misma cuando la empuñaba y la hoja extrañamente alargada parecía contener cierta luminiscencia rojiza, comprimida y saturada y, sin embargo, no emitía ninguna luz verdadera.

Cather pasó tras las puertas sin mediar palabra.

Y sintió una presión repentina que pareció comprimirla. No, asfixiarla.

No duró mucho tiempo, de hecho, se podría decir que incluso se desvaneció de inmediato. No era algo extraño, ni mucho menos novedoso. Era algo que Cather siempre sentía al entrar en la ciudad de Nehit.

Era la conexión que guardaba con la ciudad y la Devastación, así como con sus lascas. Era la constancia que tenían todos los Hacedores de Sangre con los epicentros de este temible poder.

Voluth y Kazey no lo sintieron, naturalmente. Ellos no eran Hacedores de Sangre como lo era ella.

La gente se abría paso en las calles cuando la veían. Sabían quién era, aunque nunca la hubieran visto; reconocían su armadura, su brillo y su yelmo de dragón. Habían visto ilustraciones iguales en los antiguos escritos e incluso en las propias catedrales. Pues los Caballeros Dragón pertenecieron a la guardia personal de la diosa Diane e incluso se dice que varios de estos siguieron al Héroe en docenas de batallas y cambiaron a su bando.

Aunque esto último no sea del gusto de los Campeones.

Cather representaba la mayor muestra de justicia que podía haber en el mundo. Pues ella era la justicia misma. Ella era la ley.

La multitud que empezó a generarse volvió a apartarse una vez más, desplazándose lentamente a los lados hasta quedar tras de ella.

Presenciándola desde lejos, sin siquiera intentar acercarse a tocarla.

Entonces, frente a ella, apareció un joven a caballo, vestido con una casaca con recamados brillantes y un camión pálido. Acompañándolo, se hallaba un séquito de los guardias personales de los Stawer. Uno de ellos izaba un estandarte.

Cather no tardó en identificar al joven. Había crecido desde la última vez que lo vio, pero seguía siendo el mismo chico con porte imperioso y mirada noble.

—Bienvenida, Sir Cather—saludó Rilox, el heredero de los Stawer—. Lamento la tardanza, vine tan rápido como nuestros vigías nos informaron de vuestra llegada. No esperábamos verla tan pronto en Nehit, de haberlo sabido habríamos preparado una ceremonia adecuada para su venida y arreglado sus aposentos en el castillo. Incluso, hubiéramos hecho una fiesta en su honor esta misma noche.

—No era necesario—dijo Cather—. No había necesidad de aquellas galonearías. Hay asuntos que requieren mayor importancia ahora mismo.

Rilox asintió, de hecho, parecía que el joven esperara una respuesta así por parte de Cather. Habría querido, al igual que ella, acabar con esto cuanto antes.

—Acompáñame—dijo el heredero—. Los Caballeros Dragón merecen ser tratados como grandes señores.

Las lámparas se desplegaban por toda la estancia, podría incluso decirse que eran demasiadas, docenas o quizá centenares decoraban de una manera simétrica, pero abarrotada, el lugar.

Sin embargo, la sala del trono pese a esto y las vidrieras, parecía casi opaca. Las lámparas apenas si ejercían luz, como si su fuego estuviera consumido, al borde de la extinción.

Esto no era inusual.

Tal cantidad de lámparas fuera de la Tierra Corrompida habría provocado un fagonazo de luz, como si el lugar ardiera en llamas. Un gasto completamente innecesario. Sin embargo, acá no era más que un

tenue brillo adepto.

Los guardias creaban un camino de honor, ubicados a doble banda, bordeando la alfombra escarlata y con una postura recta, mientras Cather cruzaba junto a sus escuderos.

Cather no ignoró las miradas ofuscadas de varios de los guardias, incluso del gran señor mismo, hacia Voluth. Eran unas miradas que irradiaban desagrado. Aun así, nadie se atrevió a decir nada al respecto. Y si planeaban hacerlo, Cather no se los permitió cuando observó a sus dos escuderos, asintiéndoles para que fueran junto a ella.

Era el recuerdo a los demás de que ambos estaban bajo su cargo, de que ambos eran la dualidad.

La Caballera Dragón se detuvo a escasos palmos del trono, aunque en él no hubiera ningún rey, sino un gran señor. Hace cuatro siglos los reyes dejaron de existir. Pero, a aquellos que sirvieron a Diane (y al Héroe) se les permitió conservar el trono, como símbolo de poder, devoción y respeto.

Cather se llevó una mano al pecho y la otra a la empuñadura de su espada mientras hacía una leve inclinación, para luego extender el brazo hacia el lateral, como si batiera un alá. El saludo de los Caballeros Dragón ante los grandes señores o semejantes.

Ella no tenía por qué arrodillarse como hicieron sus escuderos a continuación. Tampoco tenía porque inclinarse más de la cuenta ante Lord Haex Stawer, pues ella tenía casi la misma autoridad que el gran señor. Eran iguales en un sentido laxo de la palabra.

Cather se retiró el yelmo, dejando entrever su larga cabellera castaña. Entonces, fue cuando fijo sus ojos azules en los del hombre sobre el trono.

—Un gusto verlo de nuevo, Lord Stawer—dijo Cather—. Esperaba posponer nuestro encuentro hasta la reunión anual con el embajador del Gran consejo.

» Ahora no importa. Leí su carta y he escuchado los chismorreos de la gente por los caminos y las calles de Nehit. La noticia sobre la muerte del Hierático Zelif se extendió demasiado deprisa... junto a algo más.

«La culpa hacia los Héroes.», pensó con amargura.

—Pero eso no es lo que busco. No quiero escuchar más vaguedades, ni chismorreos—sentencio Cather—. Dígame, Lord Stawer, ¿qué fue lo que

realmente sucedió?

Lord Stawer asintió e hizo un gesto para retirar a sus guardias, quienes obedecieron de inmediato. Al poco, la sala real quedó prácticamente vacía. Aparte de ellos cuatro el único que permaneció ahí fue el heredero, Rilox.

Lord Stawer, como el resto de grandes señores, conocían el significado de la venida de un Caballero Dragón. No era algo que pudiera ser tomado a la ligera, mucho menos aún si esto involucraba la muerte de alguien tan importante como Zelif. Era prioritario ser rápido y conciso.

—Yo también esperaba posponer nuestro encuentro hasta ese momento, Sir Cather—dijo Lord Stawer, quien no se encontraba para nada a gusto con la situación—. Uno de los guardias de la ciudad encontró los cuerpos a las afueras del sector norte, allá donde terminan las Calles Negras.

—¿No hubo testigos del asesinato? —preguntó Cather de inmediato.

—¿Testigos en plena noche? —exclamó Lord Stawer con ironía—. Son pocos los que se atreven a salir en las noches, Sir. Incluso todos los guardias de la ciudad, a excepción de unos pocos, permanecen encerrados durante la noche. Nadie reportó los cuerpos hasta el amanecer.

» Los únicos testigos que quizá pudo haber ahora están muertos. Los dos miembros de la guardia personal de Zelif que lo acompañaban esa noche. Ambos murieron de un corte que les cercenó el pecho. Hace décadas que no veía un corte semejante. Tan perfecto.

» Y nunca había visto un arma como esas ser empleada para semejante blasfemia.

La molestia que denotaba Lord Stawer era visible. Cather veía el fuego en sus ojos, ese fulgor. Ese odio tan profundo, tan arraigado. Algo aun no le había dicho. Pero, desde luego, se trataba del asesino.

A Cather le gustaba ver esto. Esa ira controlada, esa devoción. Significaba que Lord Stawer creía fielmente en Zelif, en Diane. Y no iba a perdonar al asesino. Desde luego, era algo admirable. Pero, no era el momento para pensar en esto.

Cather no podía ser flexible, mucho menos luego de esa extraña sensación que la recorría. Eso que aún no le había dicho el gran señor.

—¿El Hierático Zelif salió durante la noche? —cuestionó Cather, incrédula—. Nadie en todo Sprigont se atreve a salir durante las noches,

¿por qué él sí?

Lord Haex soltó una risa amarga.

—Nadie lo sabe con claridad, como tampoco nadie sabe nada de las máscaras—dijo Lord Haex, apesadumbrado.

Sir Cather gruñó.

—¿Mascaras?

—Si, encontraron al hierático y a los dos sacerdotes con túnicas oscuras y máscaras que ocultaban sus rostros—dijo el gran señor, sombrío.

—¿Qué hace alguien tan importante como Zelif saliendo en plena noche de incognito? —preguntó Cather, recelosa.

La Caballera Dragón conocía muy bien a Zelif, había estado con él en cientos de ocasiones, incluso lo había acompañado a firmar el tratado. Y en todo ese tiempo nunca había visto un comportamiento semejante por parte del Hierático.

Lord Stawer bufó.

—Ojalá lo supiera, Sir—dijo el hombre—. Interrogamos a todos los sacerdotes de la catedral, incluso le pedí a mi hija Vexil que hiciera un par de preguntas al sacerdote Ziloh. Todos dicen algo distinto. Será mejor que le pregunte esto usted misma a Ziloh.

Cather meditó un momento.

«Durante la noche... ¿Por qué? Un momento.», pensó.

—Esas heridas que mencionó, ¿está diciendo que se trata de un Hacedor de Sangre? —preguntó Cather. Las únicas espadas que podían cortar de una manera tan limpia, eran como la que Cather portaba. Aquellas diseñadas para la sangre.

—Sí, estoy seguro.

Cather no respondió de inmediato.

—¿Cómo puede estar seguro? —cuestionó—. No hubo testigos. Y un corte no es prueba suficiente.

Ni siquiera Cather creía esto último que dijo. Pero... ¿un Hacedor de

Sangre asesinando a un Hierático? No podía ser.

—Ve por ella—le dijo Lord Stawer a Rilox.

El joven asintió y se marchó por una de las puertas.

—Lord Stawer—dijo Cather con escepticismo en su voz—. Si lo que me está dando a entender es cierto, esto no es algo que usted o los suyos puedan sobrellevar. Me encargaré personalmente de la investigación del asesino y futura ejecución y dispondré de todos los hombres y espías a los que usted ya les ha delegado esta misión.

Lord Stawer gruñó.

—¿Tiene algo que decir al respecto?

—Ninguna, Sir Cather—dijo, reacio.

El gran señor quería encargarse el mismo del asesino, era algo admirable, desde luego. Un acto de venganza, seguramente. Pero, si tenía razón con lo que decía y se trataba de un Hacedor de Sangre, Cather no podía permitirle encargarse de algo como eso. Sería una necia si lo hiciera.

Aunque, de igual manera planeaba encargarse. Esto último solo servía de excusa. Después de todo quizá no se tratará de un Hacedor de Sangre sino de un impostor.

Al momento, Rilox volvió a la sala real. Cargaba con algo entre las manos envuelto en una tela.

—Encontramos esto junto a los cuerpos—dijo Lord Stawer, con voz pesada.

El joven Rilox se acercó, sosteniendo el objeto con sumo cuidado, como si temiera el solo tocarlo. Entonces se lo tendió a Cather, quien lo recibió con recelo.

Retiró la tela, parte por parte, y sintió un escalofrío cuando entrevió el objeto oculto. La reconoció inmediato con un simple vistazo. Y no podía creerlo. No tenía sentido que ella estuviera sosteniendo algo así. No tenía sentido que Lord Stawer tuviera algo así en su poder.

Se trataba de la espada de un Hacedor de Sangre. Era inconfundible, incluso para el más inculto de los hombres. Era tan distinta a la de Cather y, a la vez, tan similar, como dos pinturas diferentes de un

mismo artista.

Tenía esa luminiscencia sin luz, esos entabados que recorrían la hoja como venas, como si la espada contuviera vida y un corazón con el que latir. Era una espada corta, ideal para enfrentamientos rápidos.

O para un asesino.

—¿Cómo... obtuviste esta espada? —dijo Cather denotando su sorpresa. Era inconcebible sostener una espada como esta sin ser el portador. De hecho, ni siquiera Cather podía sacarle provecho.

—La espada parecía olvidada en el suelo, junto al cadáver del Hierático Zelif.

«¿Olvidada? Ningún Hacedor de Sangre olvidaría su espada», pensó.

No podía despegar la vista de la espada. Aun no podía creer lo que veía y no se atrevió a tocarla directamente sin la protección de la tela.

Bajó la vista de la punta a la guarda, y entonces se detuvo de golpe. Pues esta tenía un remarcado especial. Algo que Cather no había visto antes en un arma de estas.

Inmediatamente, sintió como la sangre se le helaba, como la respiración se le detenía. Y como la voz de Lord Stawer, Rilox e incluso la de sus escuderos se apagaba.

«Oh... No», lamentó.

Se trataba de un símbolo antiguo grabado en la guarda. Un símbolo que había sido olvidado y que quizá ya casi nadie reconocería. Sin embargo, Cather lo hacía. Y por eso sintió que todo lo que podía salir mal, podía salir mal si no hacía algo.

Se trataba de una espada curva, con una hoja y una guarda que parecían irrealistas, como si tuvieran alas.

Y este símbolo se trataba del antiguo emblema del Héroe.

Capítulo 4

3

Los Campeones insisten en que Diane fue nuestra salvadora. En que no merecimos su favor por haber idolatrado al Héroe, un hombre que luchó por sus propios ideales, que fue un hipócrita que, de algún modo, asesinó a la Campeona, a la Deidad Inmortal, para volverse Dios.

Ellos no comprenden lo que nosotros sí.

De Sangre y Ceniza.

Azel estaba acurrucado en un pequeño escondrijo en el lado norte de la ciudad. La habitación, no más grande para que un par de personas entraran apeñuscadas, estaba oscura y del techo goteaba un líquido de extraña providencia.

Había encontrado el lugar de casualidad, cuando huía después... después de lo que hizo.

Y ahora no quería salir.

Los llantos del hombre que había dejado con vida rasgaban sus oídos. Las voces. Las suplicas. La cabeza cayendo...

Temblaba. Azel temblaba y no podía hacer nada al respecto. No era por frío, ojalá así hubiera sido. Le costaba sostener las cosas e incluso mantenerse en pie. El mundo daba vueltas a su alrededor.

El estomago le gruñía y Azel apenas si lo escuchaba. Era como una molestia distante a la cual había aprendido a ignorar. Había comido, desde luego, sin embargo, apenas si recordaba hacerlo.

Pues las consecuencias de sus actos le abrumaban la mente.

Había ido al velorio, no podía huir de eso. Quería comprobar si sus ojos le habían mentado. Si en verdad había asesinado al Hierático. Aun guardaba cierta esperanza de que no fuera así. Esperanza que se

derrumbó cuando vio el cuerpo tendido en el altar.

Pensó que podía aguantar un poco viendo el cadáver. Fue entonces cuando los susurros y las voces agobiaron a Azel. Esa ira hacia los Héroes, ese odio y desprecio, como perros rabiosos que querían desencadenar su ira.

Y la culpa lo aplastó.

Tuvo que huir de la catedral por la entrada principal, arriesgándose a que alguien lo reconociera, mientras sentía que se ahogaba. Mientras sentía que su mundo se derrumbaba.

«No quería hacerlo... No podía saber que se trataba de él... No tuve tiempo a averiguarlo. Solo seguía órdenes.», pensó.

Ahora sencillamente no quería hacer nada.

Observaba el exterior gracias a un hueco oculto en la pared. Al parecer, Azel se había topado con un viejo escondite de ladrones. No era que estuviera de vigilancia, de hecho, ni siquiera prestaba atención a lo que había afuera. Tan solo quería ver un poco de luz. Sin embargo, hasta esto le costaba hacerlo.

Pues se encontraba agobiado por sus pensamientos.

Escuchaba los susurros atormentarlo. Las voces de la catedral resonaban en su cabeza, culpándolo; los gritos desgarradores, los sollozos de los que lamentaban la pérdida lo carcomían por dentro, el dolor de todos los creyentes a los que les arrebató la esperanza. Y el gran odio que iba creciendo gradualmente.

Lo peor de todo era que los susurros tenían razón.

La fe de Diane culparía a los Héroes. Y Azel entendía por qué lo harían. Odiaban a los Héroes y el hecho de que hubiera gente que adorara al asesino de Diane. No se les haría extraño que un miembro de esta religión, acabara con la vida del Hierático. ¿Quién más lo haría, si no? Después de todo, eran los únicos que no adoraban al portavoz de la Deidad Inmortal.

Los Campeones actuarían. Romperían el tratado de paz y habría muertes. Todo por vengar un asesinato que ni siquiera había sido culpa de los Héroes. Y todo... todo por su culpa.

Azel era como la extensa mayoría de personas. No aceptaba que el Héroe, el Dios Negro, tras haber traicionado y asesinado a Diane, hubiera ascendido a la divinidad luego de hurtar su poder. Odiaba y despreciaba lo

que había hecho aquel hombre para convertirse en un dios. Pero... ¿en verdad tenía tanto odio como para condenar a todo de inocentes por su culpa?

¿En verdad tenía tanto odio como para causar un genocidio en contra de los Héroes?

Por supuesto que no y por eso merecía esta culpa. Este desprecio y este dolor. Merecía todo lo malo que sentía. Merecía incluso la propia muerte.

No, no se merecía un final tan piadoso como aquel.

«Si tan solo hubiera cuestionado un poco a Ziloh...», pensó.

Y sintió un terror envolverlo, un pánico sin igual que le carcomía desde el interior. No tenía derecho a hacer preguntas ni a cuestionar al sacerdote. No podía hacerlo...

—¿Por qué lo hicieron? —gritó una mujer a las afueras de su escondrijo—. ¡¿Por qué lo asesinaron?!

Azel levantó la cabeza al escuchar la voz y sintió un nudo en la garganta.

«¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo asesine? Solo seguía ordenes... Lo siento... De verdad que lo siento.», pensó.

De pronto, la mujer prorrumpió en llanto. Y sus gritos desgarradores martillearon a Azel

—¡El firmó el tratado porque confiaba en ustedes! —sollozó la mujer. Azel se cubrió los oídos y apretó los ojos—. ¡Y lo mataron!

Más y más personas continuaron llegando.

Los insultos incrementaron, los gritos prosiguieron y los sollozos gobernaron pronto las Calles Negras.

Azel no aguantó más tiempo y se levantó. Estuvo a punto de caerse y tuvo que apoyarse en el muro a sus espaldas para evitarlo. La mujer sollozó, desgarrándose la garganta. Azel sintió un escalofrío y una pena sin igual. Una culpa que lo obligo a huir de ahí.

«Lo mataste».

Tenía que alejarse lo antes posible. Si escuchaba más tiempo a esa mujer, a las demás personas que lloraban e insultaban, Azel terminaría de romper. La luz del exterior, tan mortecina como siempre, resultó cegadora para sus ojos. El sol pareció estallar en llamas y Azel se limitó a cubrirse

los ojos y caminar. Sintiendo el ardor y el dolor de cabeza.

Pero esto no significaba nada contra las voces que aullaban ahí en la cercanía. El asesino se dirigió al lado opuesto de la multitud que se congregaba, cubriéndose los oídos y apretando la mandíbula. Andaba con pasos imprecisos, tambaleándose. Sintióse increíblemente helado y débil.

No sabía a donde se dirigía.

¿Siquiera importaba?

Azel observó el sol directamente, aunque le ardieran las corneas. El dolor lo ayudaba a sentirse... ¿vivo? Pronto anochecería. Azel rogaba que aun faltara tiempo para esto. No quería volver a enfrentarse a la noche.

Giró por un par de recodos, y se topó con más y más multitudes de Campeones. Azel huyó de todas ellas, tropezando en diferentes ocasiones y cayendo de bruces al suelo cuando huyó desesperado de la última de ellas.

No se levantó. Por el contrario, permaneció ahí, paralizado. Le sangraba la mandíbula, se había roto el labio inferior y mordido la lengua. Y ahora no quería levantarse. Se sentía tan cansado. Solo quería cerrar los ojos y olvidar.

Quería que todo terminase de una buena vez.

¿Era mucho pedir?

—Eh, tu. ¿Nos estas evitando? —profirió un hombre a sus espaldas.

Azel inspiró una vez más, forzándose a dar media vuelta. Se apoyó contra el muro a sus espaldas y con la vista borrosa lo vio.

Eran tres tipos, ambos con un pañuelo envuelto en el brazo de color rojo. Eran Campeones, siempre que visitaban el sector norte de Nehit portaban uno de esos pañuelos para que nadie se atreviera a confundirlos con los Héroes.

Azel había hecho lo mismo largo tiempo atrás.

—¿Qué? ¿No tienes palabras? —dijo el segundo, un tipo alto y delgado.

El asesino no contestó. La cabeza le daba vueltas debido al sol cegador y sentía unas profundas ganas de vomitar debido a la hambruna. Incluso,

comenzó a notar los efectos de la deshidratación.

—¿Estas huyendo de nosotros, cobarde? —insistió el primer hombre, uno de baja estatura, pero corpulento.

Pero Azel seguía sin contestar.

Ni siquiera les prestaba atención.

—Huyes de nosotros porque temes la verdad, ¿cierto? —dijo el primer hombre, irritado—. Que los tuyos asesinaron a Zelif y corres porque sabes que tenemos razón.

» Solo los cobardes como ustedes usan asesinos. Por eso nos engañaron a todos con su supuesto tratado de paz. Para aprovechar la distracción y traicionarnos.

El tercer hombre escupió a Azel.

—Traidor una vez, siempre traidor—sentenció el tercero, asqueado.

— ¡Habla! ¡Di algo! —vociferó el primero empujando al asesino con el pie. Azel no se resistió—. ¡Discúlpate, basura!

El asesino mantuvo el silencio, las palabras le sonaban distantes. Sabía que se dirigían a él, pero por algún motivo, era incapaz de entender su significado pese a escucharlas. Como si nada de lo que dijeran tuviera sentido o como si no le importase en lo más mínimo.

Estaba tan cansado...

Así que Azel se limitó a acurrucarse, sujetándose las piernas, hecho un ovillo en el suelo.

Y esto, por algún motivo, enfureció a los hombres.

—Bah—bufó el tercero, tomando a Azel de la camisa y levantándolo del suelo—. Si, así es como son los tuyos. No les importa nada. ¡Nunca les ha importado nada! El tratado acabará, ¿me entiendes? Vengaremos a Zelif. Y de paso, vengaremos a Diane de una vez por todas.

Y entonces estrelló a Azel contra la pared. El asesino sintió como perdía la conciencia por un momento. Se golpeó directamente en la cabeza y todo fue un destello de luz borroso para él.

Cayó al suelo, sin una pizca de fuerza para poder mantenerse en pie. Levantó la cabeza y observó nuevamente a los tres hombres, aún

más enfadados. Pues Azel no se había quejado, tampoco había gritado. Había permanecido en silencio pese a la gravedad del impacto. Durante muchos años, había sufrido peores golpes y maltratos.

Y esto los enojó aún más.

El primero de ellos le propinó un puntapié en la mandíbula y Azel volvió a sentir que todo destellaba. La sangre burbujeó el interior de su boca y escupió al sentir que se ahogaba.

¿Eso del suelo era su sangre?

Y antes de que pudiera reaccionar, comenzaron a patearlo. No se molestó en cubrirse la cabeza, no tenía fuerza, ni tiempo. Así que solo esperó, sintiendo como cada golpe le arrebatava el oxígeno y lo despojaba de la lucidez por momentos.

Lo peor de todo era que Azel sentía que merecía lo que le estaba pasando.

Por eso no se quejaba ni cuando sintió por un momento que todo acabaría.

—¡Eh! ¡Ustedes! —gritó alguien a lo lejos.

Azel no consiguió distinguir si se trataba de un hombre o una mujer, escuchaba la voz comprimida, como si sus oídos estuvieran taponados. Tosió en el momento en el que por algún motivo los golpes cesaron. Tardo en comprender, que era un guardia el que había gritado y venía en su dirección.

El trio de Campeones rápidamente se dispersaron sin una pizca de vergüenza. Dos de ellos mascullaron maldiciones en contra del guardia que los interrumpió. Mientras que el otro se jactaba por sus actos. Ninguno disimuló lo que había hecho.

El guardia se acercó perezosamente a Azel. El asesino consiguió levantar la vista con dificultad para observarlo. Quería pedirle ayuda, pero sentía que no la merecía. Aun así, estuvo a punto de hacerlo. Estuvo a punto de suplicarle que lo llevara con algún cirujano.

Estuvo a punto, hasta que notó que no se trataba de uno de los Guardias Negros, los guardias del sector norte. Sino, por el contrario, uno de los hombres del alto mariscal, uno de los Guardias Rojos.

Lo reconoció por el emblema de Diane en su uniforme.

Y esto, por algún motivo, lo hizo retractarse.

El hombre lo miró desde la distancia, asquiento. No pretendía acercarse más de la cuenta.

—¿Vives? —preguntó el guardia.

Azel no respondió.

—¿No quieres hablar? —dijo el hombre, divertido—. Bien, si mueres ya no es mi culpa. Agradece que te halla librado de esos hombres, aunque tal vez debí esperar más tiempo.

Y se marchó riendo, dejando a Azel solo, abandonado y demasiado herido como para volver a su escondrijo. El asesino volvió a acurrucarse, intentando mitigar el dolor. Debía de tener alguna costilla rota como mínimo y un par de laceraciones en el rostro.

No se movió ni cuando comenzó a ver que el sol desaparecía en el ocaso, ni cuando la gente comenzó a volver a sus viviendas. Sin embargo, nadie lo vio. Lastimosamente, Azel había quedado incapacitado en un pequeño callejón, demasiado oscuro para las vistas y no tenía fuerza para gritar, para que alguien viniera en su ayuda.

Escuchó como las personas comenzaron a bloquear las puertas, echando cerrojo; como cerraban los postigos de las ventanas y corrían las cortinas. En un instante, Azel notó como todo se silenciaba, como las calles quedaban desiertas. Siendo su único acompañante la oscuridad de la noche decadente.

La gente temía a la noche. A las Lascas de la Devastación.

Nada de lo que ellos creían que podía sucederles en la noche era cierto. Las Lascas no eran lo que ellos imaginaban, no eran criaturas que cobraran vida a la luz de la luna para asesinar a cualquiera que se cruzara en su camino o espectros que acecharan en la penumbra.

Sin embargo, sí que había otra clase de peligros.

Peligros que Azel rogaba por no encontrarse.

Notó como la oscuridad lo envolvía y como el pulso de la Devastación, como cada noche, resurgía con más fuerza. Un impulso desesperado por ser escuchado. Un latido en la quietud de la noche que parecía resonar en su mente, haciendo un eco entre los susurros que poco a poco incrementaban en su interior.

Era como un recuerdo constante de que Azel era un Hacedor de Sangre. Un recuerdo constante de que él había sido el asesino del Hierático Zelif.

De que por su culpa toda la ciudad entraría en caos e inocentes morirían.

Y Azel odiaba este recordatorio, tanto que incluso olvido el dolor ocasionado por la golpiza.

Las noches se habían convertido en un sufrimiento, esta noche no pudo ser la excepción. Menos aún, estando a las afueras, donde la oscuridad era más densa. Sentía la presión del segundo latido y se llevó ambas manos a la cabeza, cubriéndose los oídos, intentando dejar de oír. Rogando que desapareciera. Pero era inútil. Pues no era algo que se escuchara, era un sentir.

Era parte de él.

Y cada noche era peor que la anterior. Esta noche sentía que lo desgarraba la sensación. Que lo asfixiaba como un agarre en la garganta que lo despojaba del oxígeno y lo debilitaba. Le costaba respirar.

«Debiste morir tú, no él.»

Se sentía aprisionado en un vacío oscuro y profundo, en un pozo al que había sido arrojado sin posibilidades de escapatoria. Un pozo en el que poco a poco se difuminaba la luz, desaparecía carcomida por la oscuridad penetrante. Y con ella, toda esperanza. Todo alivio. Toda lucidez.

Olvido todo: la golpiza, al guardia, a aquellos hombres, a los grupos aglomerados de Campeones, incluso, olvidó al Ziloh. Solo pensaba en el sufrimiento que ahora lo azotaba y zarandeaba como si estuviera en el ojo de una tormenta. El dolor que poco a poco, lo destruía en pequeños fragmentos.

Azel quería que todo este sufrimiento acabara.

Finalmente se descubrió llorando.

«Sácame de aquí... Por favor. Oh, Diane... Ayúdame.», pensó.

Y se sintió asqueado consigo mismo. Había asesinado al portavoz de la Diosa, ¿y ahora le pedía ayuda a ella?

Era todo un hipócrita, un ser aberrante. ¿Cómo podía permitirse anhelar salvación?

«Quizá... quizá haya manera.», pensó.

Una manera para dejar de sufrir.

La había pensado a lo largo de estos días. Y lo había intentado la mayoría de estos. Había pospuesto la decisión siempre.

Se recostó como pudo contra la pared y hasta esta maniobra tan simple, le presentó dificultad. Con las manos manchadas de sangre, rebuscó entre sus ropas raídas. Encontró lo que buscaba: una piedra como la mitad de su puño de grande. Era hermosa, una gema perfecta, sin grietas y pulida, de un rojo escarlata que radiaba con sutileza, como con una llama contenida. Había tenido suerte de que los hombres no dieran con ella.

La luz de la gema iluminó el rostro demacrado de Azel.

Se trataba de su Piedra de Sangre. Aquella con la que había hecho el vínculo para controlar los antiguos poderes de la sangre. Sin el vínculo, ningún Hacedor de Sangre podría efectuar correctamente ninguna de las ocho Habilidades Complementarias e incluso las básicas generarían dificultad.

La gema representaba su vínculo con la Deidad Inmortal, la conexión con ella gracias a la sangre.

«Y si la destruyo... todo acabara.», reconoció.

No solo dejaría de tener control sobre la sangre misma y perdería la mayoría de sus capacidades. Sino, todo como percibía las cosas, como percibía el mundo, acabaría.

«Sería como desaparecer... como morir.», pensó asimilando la idea una vez más.

Si rompía su Piedra de Sangre se sentiría vacío por dentro, y este sentimiento de pena, al igual que el segundo latido, desaparecería. Él dejaría de sentir.

Los temblores de Azel empeoraron mientras sostenía su Piedra de Sangre. La decisión se formó en él por centésima vez. Hubieron pasado horas, seguramente. Y Azel cada vez estaba más tentado a hacerlo.

La decisión lo llamaba. Le susurraba al odio que lo hiciera. Ya no podía más con el tormento en su mente. Ya no podía más con el dolor... con la culpa. Eso lo ayudaría. Sería lo más fácil.

¡Lo ayudaría!

Así dejaría de sufrir...

Pero, ¿en verdad era lo que quería hacer?

Pensó y pensó, sosteniendo aun la gema entre sus manos. Viendo su luz radiante. Respiró una y otra vez, entrecortadamente. Y recordó las palabras de aquellos hombres, al igual que la golpiza. El tratado de paz se rompería. ¿En verdad no había nada que pudiera hacer? Las lágrimas le recorrieron las mejillas. Se sujetó el pecho... y aquella preciosa e invaluable gema resbaló de entre sus manos.

—No puedo...—susurró con una voz endeble y rasposa. Era lo primero que decía desde aquella noche en la que mató a Zelif.

No era lo suficientemente fuerte para hacerlo.

Quizá... quizá no todo estaba tan mal como él creía. Como los susurros querían hacerle creer.

Azel confiaba plenamente en Ziloh. Ese hombre lo había rescatado de las calles, lo había criado. Le había enseñado la bendición de Diane. Y había sido quien lo ayudó con la Sangre. Lo había despojado de su libertad y lo había adoctrinado a la fuerza, sí. Pero le había dado una vida.

A cambio, Azel hacía lo que el hombre le pedía sin atreverse a cuestionar, espionaje o asesinato. Siempre se trataba de proteger la integridad de los Campeones y de Diane.

Ziloh no le permitía hacer preguntas «por el bien de su estabilidad mental», porque sabía que Azel no soportaba conocer la identidad o la historia de sus víctimas.

«Todo lo que hacemos es para evitar que vuelvan a traicionarnos, Azel—le había dicho alguna vez el anciano—. No te atrevas a dudar al respecto. No hagas preguntas. Tan solo obedece.»

Azel había dedicado su vida a Ziloh. No tendría sentido que dudara de él ahora... ¿verdad?

—Ziloh no me mentiría. Ziloh no haría nada malo—pasó saliva, carraspeando. Le era difícil hablar—. No... No me haría hacer nada malo.

Azel se abrazó a sí mismo, hecho un ovillo en el suelo. Tenía los ojos vidriosos.

—Quizá... Zelif no era lo que siempre creí que era. Quizá estaba corrompido y planeaba algo en contra de los Campeones y Ziloh hizo bien en pedirme que lo asesinara. ¿Por qué saldría en plena noche, entonces?

De ser así, asesinar al Hierático no sería distinto a otras docenas de asesinatos cometidos por Azel. De ser así, Azel no tendría por qué lamentarse por su muerte. Sino regocijarse por hacer el bien. Por haber protegido a los Campeones.

Y si eso involucraba que se rompiera el tratado de paz y muriera gente, podría aceptarlo si sabía que había salvado a la extensa mayoría. Si protegía a más de los que morían.

Azel quería creer en Ziloh, creer que todo estaba bien. Así no se sentiría culpable. Así... no sentiría dolor.

Pero necesitaba averiguar algo antes. Necesitaba saber por qué se le ordenó lo que se le ordenó. Necesitaba saber a detalle por qué tuvo que acabar con la vida de Zelif. Que había hecho el anciano y que había llevado a Ziloh a semejante decisión.

Necesitaba una razón para poder asimilar el peso de las muertes futuras, para poder soportarlas y saber que hizo el bien.

La idea apareció en su mente, opacando por un momento todo lo demás. Los susurros se escucharon comprimidos, como si se hallaran al otro lado de la habitación. Incluso el segundo latido, el de la Devastación, pareció distante.

—Debo preguntarle a Ziloh... —Y calló de inmediato. Viendo la muerte de Zelif una vez más. Escuchando los sollozos, los gritos y los susurros. Recordando la promesa de aquellos hombres—. No... No debo preguntarle a Ziloh.

Confiaba en el sacerdote. Confiaba en aquel hombre que lo había criado. Pero quería averiguar la verdad de alguna otra manera si era posible. Además... no quería que lo vieran. No después de lo que había hecho. Se sentía sucio. Impío y blasfemo. Después de todo, había asesinado a una de las personas más importantes de todo Sprigont. Había sido el detonante del caos en la ciudad.

Y por primera vez se sentía... ¿lucido? Notaba la brisa helada y su cuerpo tiritó. Las noches eran demasiado frías y él estaba muy mal abrigado.

Había cambiado sus ropajes desde aquella noche. Desechó su ropa negra en algún callejón sin ponerse a pensar en las consecuencias, pues sentía

que esa ropa lo quemaba y lo culpaba.

Ahora vestía con unas ropas raídas que tomo de un basurero. Era vieja y desgastada, con demasiados rasgues y cortes. Azel fácilmente era confundible con un vagabundo.

De hecho, era un atuendo perfecto para enmascararse. Para ser un desconocido a ojos de cualquiera. Lo que menos quería era que alguien lo reconociera.

Se levantó.

Y cayó nuevamente, sintiendo el increíble dolor de sus heridas. Pero sonrió, forzándose una vez más a levantarse, despacio, apoyándose al muro.

Si.

Podía hacerlo. Podía averiguar lo que había sucedido realmente y aclarar sus pensamientos. Un intento por hallar la verdad. Para tranquilizar el agobio en su mente.

Se llevó instintivamente la mano a la empuñadura para generarse seguridad e, inmediatamente, agradeció que no hubiera nada allí. No quería ver su espada. La odiaba ahora mismo, la detestaba y la aborrecía.

Inspiró y sintió el aire gélido entrar en sus pulmones. Y tosió, tosió tanto que estuvo a punto de caer y vomitar. Sin embargo, estaba feliz. Pues tenía un nuevo propósito por el que seguir luchando, por el que seguir vivo.

Aplacó su mente y sintió los dos pulsos. El de su corazón y el de la Destrucción. Los sintió fuera de compás. Ambos resonando a un ritmo diferente. Desigual y fuera de armonía. Sintió el poder. Y lo aceptó una vez más.

Hirvió sangre y el frío desapareció. La temperatura en su cuerpo se elevó y notó como poco a poco sus heridas sanaban. Pasarían horas hasta que estuviera curado. Mejor así. Necesitaba el dolor aún como recordatorio.

Azel averiguaría la verdad. No sabía cómo, pero lo haría. Y entonces tomaría una decisión.

Capítulo 5

4

No negaré que, sin Diane, no habiéramos vencido. Pero, ¿eso les da derecho a desmeritar el trabajo del Héroe? Diane hubiera muerto mucho antes sin su ayuda y fue él quien tomó el liderazgo de los ejércitos, comandando y luchando en el frente en contra de Noto'g'ri.

De Sangre y Ceniza.

Xeli Stawer, segunda hija de Lord Haex Stawer y Lady Jhunna Stawer, gran señor y dama de Sprigont, curioseaba entre los libros de la biblioteca de la catedral del Héroe.

Las estanterías se desplegaban ante ella, bordeando los muros de la primera y segunda planta. Se alzaban majestuosamente, repletas de libros, como un deleitante lienzo; creaban pasillos de gran altura, como formando un pequeño laberinto.

El lugar estaba oscuro, la única luz procedía de los vitrales y de las pocas lámparas que apenas si iluminaban, pues su fuego no era más que una llama contenida, como aprisionada.

No podían permitirse más lámparas, naturalmente. Después de todo, las lámparas contenían fuego, y un accidente podría ocasionar la pérdida total de cientos, sino miles, de libros invaluable.

Así que Xeli cargaba con una lámpara de mano, avanzando con cuidado mientras ojeaba los libros. Buscaba uno en especial.

—¿Cuál es el libro que buscas? —preguntó Favel ojeando la pila de libros que llevaba el sacerdote tras de ellas. El hombre era quien se encargaba usualmente de cargar con los libros de Xeli.

—Lo sabrás en cuanto lo veas—respondió Xeli en tono conspiratorio.

—¿Por qué tanto secretismo? —preguntó Favel frunciendo el ceño, casi podría decirse que haciendo pucheros. Xeli rio ante esa idea—. ¡Llevas

toda la mañana buscándolo! Déjame ayudarte.

Xeli se negó.

—Lo sabrás cuando lo veas, ya te lo dije.

—¿Y esos otros libros para qué los necesitas? Apenas si les has pegado un vistazo.

—Porque aún no los necesito. Pensaba dejarlos para más tarde.

Favel estuvo a punto de replicar.

—¡ja! —exclamó Xeli, interrumpiendo a Favel—. Ven, sostenme esto.

Xeli le tendió la lámpara de aceite y se dirigió rápidamente hacia la estantería. Lo había visto, ahí arriba. Xeli trajo una de las butacas, subió encima de ella y se paró de puntillas, extendiendo su brazo todo lo posible.

Entonces lo tomó entre sus manos.

Y sonrió. Hace años que no sostenía este libro.

La cubierta de cuero parecía recién renovada, haciendo un contraste con las hojas envejecidas del interior. En la portada se hallaba el grabado: Sangre Oscura.

—¡Lo tengo! —dijo Xeli, bajó de la butaca de un salto y mostró el libro a su amiga.

—¿¡Que haces con eso!?! —exclamó Favel, aterrada. Se acercó a Xeli, lo suficiente para que el sacerdote no las escuchara—. Si Loxus se entera nos matará.

—No tienes por qué preocuparte—dijo Xeli, indicando a Favel y al sacerdote que siguieran caminando. Sostenía con triunfo el libro entre sus manos—. He hablado con Loxus. Me permitió tenerlo bajo una condición.

Favel frunció el ceño. Les costaba creerle.

Xeli siguió su camino, sonriente. Había deseado leer este libro hace tanto tiempo.

—Y... ¿no me dirás de que se trataba esa condición? —preguntó Favel después de un largo silencio.

Xeli sonrió de nuevo.

—No, no lo haré.

Favel suspiró.

—Está bien, pero espero que no sea nada que me involucre en algún otro quehacer.

Xeli rio en respuesta.

—¿Cómo va todo en el refugio? —preguntó la joven señora—. Hace mucho que no me paso por ahí.

—Las cosas están mejorando—dijo Favel, levantando la comisura de sus labios—. Ya no estamos tan saturados de gente, hace años no veía el lugar tan...

—¿Vacío? —aventuró Xeli.

—Tranquilo—corrigió Favel—. Kuxa parece por fin en paz, como si por fin tuviera tiempo para ella. Y puede dedicarse a lo que verdaderamente le gusta, que es cuidar de los niños.

—A veces el refugio parece más un orfanato que otra cosa—bromeó Xeli—. ¿Sabes la de veces que termine con el vestido arruinado por culpa de esos niños?

Favel pegó una risotada.

—Y eso que no has visto como está ahora, parece haber muchos más niños que antes—dijo Favel—. Son un completo caos, se me va a caer el cabello del estrés por su culpa.

» Pero, por primera vez en mucho tiempo no tenemos que preocuparnos por los gastos o que no podamos solventar a mucha gente. Por fin los refugiados pueden ir a trabajar en los campos o en lo que prefieran. Y todo esto gracias a ti.

Xeli se ruborizó.

—No hice mucho—dijo Xeli, restándole importancia al asunto—. Tan solo hablé con mi padre para que los Héroe s tuvieran cosas que hacer. Ya sabes, él aceptó por lo mismo, al final le convenía inaugurar esos nuevos campos de plantación.

—¿Estás segura que no es mucho? —cuestionó Favel riéndose—. No tienes por qué hacer muchas cosas de las que haces. No tenías por qué

ayudarnos, debes tener mejores cosas que hacer.

«Pues...», pensó Xeli.

—Además, ¡eres una noble! La hija del gran señor, cuanto menos. ¡Y una A+! Tu sangre es de las más cercanas a los dioses—dijo Favel, con admiración—. Y nosotros, bueno, nosotros no somos más que simples O. No somos la gran cosa, ¿sabes?

» Fue demasiado extraño cuando comenzaste a hablarnos. Y pese a todo, buscaste la manera para ayudarnos, de ayudarme. Eres mi primer y mejor amiga, Xeli.

Xeli se ruborizó aún más.

«Tú también eres mi primer y mejor amiga», quiso decir.

—Kuxa te ha preguntado, ¿sabes? —dijo Favel.

Xeli sintió un escalofrío.

—Favel...

—Tienes que hacerlo pronto.

—No tengo que...

—Si tienes que—cortó Favel, sonriente.

—Pero la última vez acabé con retorcijones en el estómago—dijo Xeli, aterrada—. Los cirujanos culparon a los cocineros, tuve suerte de hacer que no los despidieran o algo peor.

Eres una dramática, Xeli.

No soy dramática—farfulló la joven señora.

Ella te extraña, deberías ir—dijo Favel—. ¿O quieres que le diga que no volverás nunca más?

—Ya, ya, está bien, está bien—dijo Xeli, apurando la marcha—. Iré, ¡pero no pienso comer absolutamente nada!

—¿De verdad crees que Kuxa te permitirá irte sin comer?

Xeli sintió náuseas al momento.

Amaba a Kuxa, pero detestaba su comida. De por sí la comida en Sprigont era la ausencia misma del sabor, pero si se añadía el factor de que Kuxa era la cocinera, Xeli podía darse por muerta. Su madre estaría

aterrada si la viera comer algo como eso.

—Prométeme que la ayudarás en la cocina el día que vaya, por favor—pidió Xeli.

—Está bien—dijo Favel, y sonrió maliciosamente después—. Pero tienes que decirme cual fue la condición para que te prestaran ese libro.

Xeli frunció el ceño.

—Ni hablar—respondió, firme.

—Entonces tendrás que disfrutar de la comida de Kuxa.

Xeli sintió que se le revolvía el estómago, atrás de ellos, el sacerdote que cargaba con los libros rio. Xeli volteó a verlo con mala cara y el hombre no hizo el intento de enmascarar su expresión.

—Te traeré un poco también, Bukal—dijo Xeli y sonrió satisfecha ante la expresión horrorizada del sacerdote.

Encontraron una mesa vacía y apartada, Favel dejó la lámpara en el centro y su luz parecía diminuta. El sacerdote dejó los libros y Xeli lo despidió. El hombre, bastante mayor, también había frunció el ceño cuando vio el libro que poseía Xeli. Pero no dijo nada y se retiró como la joven señora le había pedido que hiciera.

Era natural esta clase de miradas. Pues no era un libro común. Hablaba en primera persona sobre los eventos de hace cuatrocientos años, de la guerra que casi acabó con los tres reinos: La Cantata del Fuego, se llamaba. Pretendía ser una narración directa, sin tapujos e incluso despiadada. Algunos decían que era una representación de la crueldad absoluta de aquel entonces.

Xeli recordó haber ojeado este libro cuando recién se incorporaba en la fe del Héroe. Lo había tomado a hurtadillas, luego de que Loxus se lo prohibiera. Esa noche, Xeli había acabado con pesadillas. Pesadillas que a día de hoy aun la estremecían, como aquella de hace tan poco tiempo...

Sin embargo, a día de hoy podía afirmar una sencilla cosa. Este libro no era lo que todo el mundo decía, era una mera copia censurada del original Sangre y Ceniza.

Hace cuatrocientos años, uno de los discípulos del Héroe escribió Sangre y Ceniza y el Gran Consejo prohibido su lectura y distribución, así que sus copias eran limitadas o quizá inexistentes al día de hoy. Xeli suponía que había una copia en algún lado de la catedral, sin embargo,

tras tantos años nunca había sabido nada al respecto.

¿Qué misterios aguardarían en aquel libro?

Sangre Oscura era el intento por representar aquella verdad oculta de Sangre y Ceniza, sin embargo, aparentaba más de lo que en verdad era. La mayoría de detalles importantes se encontraban censurados, así como epígrafes faltantes e incluso capítulos enteros en blanco.

—¿Qué esperas encontrar ahí? —preguntó Favel—. La última vez no pudiste terminarlo y Loxus te dio uno de sus grandes sermones—pegó un vistazo al resto de libros—. Además, ya has leído cientos de veces sobre la Cantata del Fuego. Sangre Oscura no es diferente. Solo es... Ya sabes como es.

—Los demás libros se saltan cosas importantes—dijo Xeli, ojeando las páginas del libro—. Aunque, bueno, Sangre Oscura también lo hace. Pero creo que menos que muchos otros.

—Buscas sobre los Hacedores de Sangre, ¿verdad?

Xeli no respondió, pero se mordió un labio.

—Lo sabía—dijo Favel, victoriosa—. Todos estos libros tienen algo en común. No hablan solo sobre la Cantata del Fuego. Todos mencionan a los Hacedores de Sangre.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Xeli, levantando finalmente la vista del libro frunciendo el ceño. Odiaba y amaba que su amiga siempre la atrapara. Por eso le gustaba jugar tanto al secretismo, era como su manera de vengarse.

—¿Hacer qué?

—Esto. Atraparme. —respondió Xeli—. Pensaba sorprendente un poco.

Favel estalló a carcajadas.

—Eres muy predecible con estas cosas. Se te ve en los ojos. Además, soy tu mejor amiga, te conozco mejor que cualquiera—Xeli no respondió—. Siempre buscas una excusa para investigar sobre los Hacedores de Sangre—. Dime, ¿Qué es lo que buscas ahora?

—No lo sé—contestó Xeli finalmente—. Alguna pista, creo.

—¿Sobre el asesino?

Xeli asintió.

—Se trata de un Hacedor de Sangre—dijo Xeli—. Encontraron su espada en el suelo junto a los cadáveres.

—Imposible—dijo Favel, negando con la cabeza.

—Yo tampoco lo creía. Pero... la vi.

—¿iLa tocaste!?

—Ojalá hubiera podido hacerlo—dijo Xeli con tono divertido—. No, solo la vi desde lejos. Era como cuentan los libros. Inconfundible. No había visto nada igual y sentía... algo provenir de ella.

Xeli tenía una mirada distante. Recordó cuando llegaron los soldados de su padre y le revelaron la espada, con un rostro de espasmo y admiración. Xeli la vio por casualidad, pasaba por la sala real en ese momento. Había querido evitar a la Caballera Dragón, pero tenía curiosidad de que hablaría ella con su padre.

Por suerte, Rilox le había dicho que se fuera de ahí, que luego le contaría los detalles. Esto la salvo de una posible reprimenda por parte de sus padres. Amaba a su hermano.

Aun le debía una disculpa por no haber podido acompañarlo con un poco de música aquella noche.

—Se dice que los Hacedores de Sangre poseen diferentes habilidades—prosiguió Xeli—. Pueden desaparecer hasta en el día más claro, destruir hasta el material más resistente, desapareciéndolo como si fuera mero polvo e incluso salvar vidas como a los mayores cirujanos les sería imposible.

Favel sonrió, entusiasmada.

—Pueden moverse por el terreno como un suspiro del viento—dijo Favel—. O bloquear a un ejército como un muro inamovible.

Xeli buscó entre las páginas de Sangre Oscura, leyendo entre los epígrafes. Recordaba uno en concreto. Cuando dio con él, miró de nuevo a su amiga.

—«Todos poseen grandes poderes —narró—, pero no todos

comparten los mismos.»

Favel estuvo a punto de decir algo.

—Espera. —la cortó Xeli.

Y volvió a buscar entre los epígrafes.

Se detuvo en uno no muy lejano.

—«Sus espadas de sangre parecen vinculadas a ellos, de alguna manera, como sucedió con la espada del Héroe o el colgante de la diosa Diane. Permitiéndoles replicar sus poderes con esta.» Esto es lo que estoy buscando.

Favel asintió, intrigada. Ella también sabía de estas cosas, desde luego. Ella compartía su misma afición por los Hacedores de Sangre. Bueno, casi la misma obsesión.

—¿Qué es exactamente lo que buscas?

—Que poderes tiene el asesino—dijo Xeli—. Si la espada comprarte sus poderes, debe haber alguna manera de saberlos con esta. ¿No?

Favel no respondió de inmediato.

—No lo sé—admitió su amiga—. Los Hacedores de Sangre siempre han sido muy reservados con sus poderes. Xeli, ¡hablamos de las personas más poderosas de Edjhra! Saben guardar bien sus secretos, es de las mejores cosas que hacen—asintió para sí misma, luego se encogió de hombros—. Ni siquiera sabemos exactamente cuáles son sus poderes. ¿Cómo vamos a saber si con su espada podemos identificar poderes que ni siquiera conocemos?

Xeli asintió despacio.

Lo sabía, por supuesto que lo sabía. Había llegado a la misma conclusión hace un par de días atrás. Pero eso no significaba que no hubiera tenido una idea. Mucho menos que no quisiera intentarlo.

—Pero desde luego que hay cosas que sí sabemos, aunque sean pocas—dijo la joven señora, entusiasta—. ¿Sabes por qué todas las personas mantenemos nuestro tipo de sangre oculto hasta después de cumplir los ocho años?

—Por si alguno de nosotros se convierte en Hacedor de Sangre—dijo Favel

rápidamente.

—Exacto—confirmó Xeli—. Todos guardamos este secreto, hasta llegar a esa edad. ¿Pero por qué lo hacemos?

Xeli sonrió, intentando ocultar su fanatismo.

—Para ocultar cuales son las habilidades de los Hacedores de Sangre—respondió Favel—, fue una de las estrategias del Gran Consejo para mantener todo en secreto.

—¡Exacto! Hace cuatrocientos años, Diane concedió su sangre a ocho de los grandes señores y damas de Edjhra. Y cada uno de ellos, reaccionó distinto—dijo Xeli con pasión—. Cada tipo de sangre te concede diferentes habilidades, Favel.

» Ahora, la nobleza posee algún tipo de marcador, A o B, algunos incluso poseen los dos. Esto es lo que nos divide del resto y la razón por la que dicen que somos más cercanos a los dioses, porque el resto de personas no posee marcador.

» Pero creo, Favel, que todo está conectado. ¿Por qué dividirían la jerarquía por tipo de sangre? ¿No sería más fácil por riquezas o tierras?
—Xeli negó con la cabeza, sonriente—. Se trata por los Hacedores de Sangre, por la sangre de Diane. Todo está conectado. Si surge un Hacedor con algún marcador, será mucho más poderoso que uno sin marcador.

—¿Y eso de donde lo sacaste? —preguntó Favel, escéptica. Y, sin embargo, Xeli notaba ese brillo en sus ojos.

—Mera suposición—Y los ojos de Xeli radiaron de felicidad—. Pero bueno, a lo que quería llegar. Tal vez no podamos saber más sobre sus poderes, pero si quien es. Mira, alcánzame ese libro.

Xeli señaló uno en especial, uno con la cubierta rojiza y de gran tamaño. Favel lo reconoció de inmediato. Ambos lo habían visto ya por lo menos una docena de veces.

—Hacedores de Sangre —leyó Favel en el grabado y guardó silencio. Inmediatamente entendió todo—. ¡Devastada genial!

Y se llevó las manos a la boca por tal imperita exclamación.

Xeli sonrió. Favel era no era una noble, era simplemente una devotaría. Esto era lo que le agradaba a Xeli, que podía tratar con ella sin cortesía. Como amigas.

—Cada Hacedor de Sangre que surja es inmediatamente registrado en este libro—dijo Xeli—. Se hallan tres de estos libros por capital de cada continente, dos son registrados por los Hieráticos y uno por el Gran señor para evitar confusiones.

» Favel, cada uno de los Hacedores de Sangre que hay en Edjhra están en este libro. Todos ellos. ¡El asesino tiene que estar aquí! Quizá no podamos identificarlo por sus poderes. Pero si por su espada y jerarquía.

—Son demasiados para que podamos encontrarlo en un solo día, no quizá mucho más—dijo Favel—. ¿Recuerdas exactamente como era su espada?

—Inconfundible—respondió a Favel, recordando aquella hoja que con luminiscencia sin luz—. Pero no son tantos Hacedores de Sangre cómo crees. Recuerda, son pocos. Quizá como mucho haya una docena de ellos por todo Sprigont.

Favel asintió lentamente, como cuidadosa por lo que fuera a decir.

—Hace décadas que no hay un nuevo Hacedor de Sangre en la Tierra Corrompida—dijo en un susurro.

Cuando la diosa Diane concedió su sangre y, con ello, este legendario poder, lo hizo a los primeros nobles que se postraron en su ayuda, a los primeros Caballeros Dragón. En un principio, el poder iba a pertenecer exclusivamente a la nobleza.

Hasta que llegó la Devastación.

Hasta que el Héroe ascendió.

Todo Edjhra fue afectado. Sprigont pasó de ser el continente más fértil, con mayor fauna y flora, a la aberración que es ahora. La decadencia. La negrura. Los humanos también fueron afectados, cuando el poder de los Hacedores de Sangre se unió a la Devastación.

Cada hombre o mujer, fuera noble o no, podía surgir como Hacedor de Sangre a la edad de ocho años. Aunque la nobleza tuviera infinitamente más posibilidades de surgir, a diferencia de los demás, seguía siendo una probabilidad extremadamente baja.

Xeli sostuvo ambos libros. Y durante un momento se sintió débil... distante. El recuerdo de un sueño fracasado la embriago nuevamente, aquel pensamiento volvió a ascender. La mentira con la cual engañaron a una inocente niña. Era una probabilidad bajísima, casi podría decirse que ínfima. Pero Xeli había tenido esperanzas luego de que se lo hubieran

prometido...

Y a día de hoy le seguía doliendo.

Xeli adquirió una mirada perdida y, accidentalmente, inclinó la cabeza.

—Xeli...—dijo Favel, tomándola de las manos. Xeli las sintió inmensamente cálidas. ¿Había tenido tanto frío o se debía a algo más? —Sé cómo te sientes, pero no tienes por qué esforzarte tanto. No podemos saber todo sobre los Hacedores de Sangre, Xeli.

Xeli no respondió. Sentía todo tan oscuro, tan lejano. Apenas si pudo escuchar la voz de su amiga, pues la sentía comprimida, como si tuviera los oídos taponados. Como si su mente estuviera intentando protegerla, impidiéndole escuchar cualquier cosa que pudiera dañarla aún más.

La joven señora intentó quitarse el pensamiento de la cabeza, el pensamiento que la carcomía desde hace nueve años, cuando apenas había cumplido su octavo cumpleaños.

Favel podía decir cualquier cosa con tal de intentar ayudar a Xeli, de mostrarle su infinito apoyo. Y Xeli lo apreciaba, de verdad que lo apreciaba. Pero la triste verdad era que Favel no podía comprender a Xeli. No podía saber lo tanto que le dolía a ella.

Xeli no quería hablar más del tema, quería cortar las palabras de Favel y seguir hablando de aquello que había investigado. Pero sencillamente no hallaba las palabras.

Sentía un nudo en la garganta.

Los ojos de Favel de pronto adquirieron una pena que hizo que el corazón de Xeli se estremeciera.

«No...», lamentó.

—Lo siento—dijo su amiga—. Sé que no te gusta hablar sobre esto... Pero debes dejarlo ir. Pensar en otras cosas, ¿sabes? Todos soñamos con ser Hacedores de Sangre alguna vez. Yo pensaba que, si tal vez fuera una, podría haber ayudado a mi familia por mi propia cuenta. Pero es solo eso, Xeli, un sueño. Es casi imposible ser un Hacedor de Sangre. Debemos seguir adelante.

Entonces Favel sonrió.

Y esto, por algún motivo, hizo que el dolor de Xeli se agravara.

«¿Cómo? ¿Cómo podría simplemente dejarlo ir, Favel? Me mintieron. Dímelo... Dímelo... ¿Cómo podría?», pensó.

Recordó nuevamente aquel día; el silencio que hubo en la catedral, la mirada de decepción de su padre, el rostro estupefacto de su madre, la pena del Hierático y de Sir Cather y el rostro del sacerdote...

Recordó el pavor de aquel día, el terror que surcó su cuerpo. La confusión. Y ella... Y ella...

«¡No!»

Xeli respiró hondo, desechando los pensamientos de su cabeza. Aislándolos lejos en un rincón profundo y oscuro en su mente. Soltó las manos de Favel antes de que ella pudiera seguir hablando y sonrió. Sonrió para no preocupar a su amiga.

—Solo es cuestión de saber dónde buscar—dijo Xeli—. ¿Quién mejor para investigar sobre un Hacedor de Sangre que dos aficionadas por los Hacedores de Sangre? Creo que podemos hacerlo.

Siguió sonriendo, una sonrisa tan amplia que parecía casi irreal que alguien pudiera lucir tan feliz.

Favel frunció el ceño ante el cambio abrupto de tema. Pero no replicó. En su lugar, ojeó Hacedores de Sangre.

—Pero, Xeli, ¿está bien que nosotras investiguemos sobre esto? —preguntó Favel, cuidadosa.

—Sí, ¿por qué no lo estaría?

—Sir Cather llegó a la ciudad. Hay rumores que dicen que ella ya está bajo la pista del asesino. ¿No es así?

Inmediatamente Xeli sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Sir Cather, la Caballera Dragón, una de las ocho Hacedoras de Sangre más poderosas que existían en todo Edjhra. Aquella que se debía encargar de custodiar la paz, estaba tras la pista del asesino.

Y por alguna razón a Xeli esto la aterraba. No podía decir exactamente el porqué, pero en verdad estaba atemorizada de solo pensarlo.

Xeli se recompuso.

—Sí, así es—dijo al poco—. Sir Cather está buscando al asesino, ella comanda por lo menos a un centenar de hombres y al menos a una cuarta parte de la guarnición de la ciudad. Y cada uno de estos está buscando el paradero del asesino. Pero aún no ha dado con nada. Nada que no sepamos, por lo menos—Se encogió de hombros—. Así que, ¿Qué tiene de malo que investiguemos por nuestra cuenta?

Favel no contestó. Pero observó a su amiga a los ojos. La escudriñó con la mirada, observando más allá de lo físico. Xeli se sintió desnuda ante ella, como si estuviera dentro de sus pensamientos, como si estuviera observando su propia alma.

Xeli dejó de sonreír, apartó la mirada, y supo que había perdido.

—Hay algo más que no me estás diciendo—dijo Favel, observando la pila de libros—. No es solo sobre los Hacedores de Sangre, ni siquiera es sobre el asesino. Aun estas preocupada los Campeones, ¿verdad?

Xeli no respondió.

—Hacedores de Sangre, Caballeros Dragón y la Cantata del Fuego—continuó Favel tras ojear uno a uno los grabados de los libros—. De eso hablan estos libros. Pero hay algo que resalta en todos estos: Diane y el Héroe. Quieres buscar algo más, algo para argumentar contra los Campeones.

Xeli suspiró.

—Si—dijo al cabo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé—Y tenía razón. No tenía motivos para mentirle a Favel, y aun así no se lo había dicho—. Solo estoy preocupada. Aun escucho los susurros, incluso en el castillo. Los Campeones se empeñan en decir que fuimos nosotros. Incluso he oído exageraciones sobre el asesinato de Zelif—Se estremeció—. No sé qué hacer... Todo por lo que la fe luchó está cayendo.

» ¿Sabes lo difícil que fue llegar a este acuerdo de paz hace veinte años? Loxus tuvo que redactar cientos de documentos, para después reunirse con mi padre, Sir Cather y el Hierático Zelif.

» Pero Loxus ya había intentado hacerlo desde muchos años atrás, incluso. ¿Cuántos? ¿cuarenta años? Antes de suceder al antiguo Hierático, Favel. Y de no ser por Zelif no lo hubiera conseguido... Él quería tanto la

paz como nosotros. Él también estaba cansado ya de tanto conflicto, de tantas disputas y de tantos heridos. Él mitigó las hostilidades para que todos los Campeones pudieran aceptar el tratado de paz.

» Por él es que los Campeones se contenían... ¿Qué sucederá sin él? —Xeli se derrumbó sobre la mesa un momento—. ¿Cuánto tardaran en volver a actuar? ¿Cuándo volverá el caos? Solo escucha a Ziloh... él siempre estuvo en contra del tratado.

» Tiene que haber algo en estos libros que nos ayude antes de que nombren a un nuevo Hierático de Diane y todo este peor.

«Antes de que Ziloh sea el nuevo Hierático.», corrigió para sí.

—Sir Cather está en eso—tranquilizó Favel—. Es una Caballera Dragón. Es imparcial entre ambas religiones. Nos ayudará contra esas difamaciones.

—Ya, tienes razón.

Cather había sido la razón por la que Xeli estaba tan nerviosa. Había agradecido el hecho de no haberse topado con ella en el castillo. Pero no dijo nada. No quería discutir ahora.

Pero Favel continuó hablando luego de soltar un suspiro.

—Entiendo esa mirada—dijo y Xeli se limitó a alzar una ceja.

—No es nada—cortó la joven señora.

—Xeli...

—Solo estoy molesta y frustrada—dijo Xeli—. No sé qué hacer para convencer a los Campeones de que no fuimos nosotros. No tenemos la culpa por todos los males que ocurren en el mundo por algo que ocurrió hace cuatrocientos años. ¡Algo que ni siquiera es cierto! Y en esos basan nuestras acciones —bufó—. El Héroe no mató a Diane porque quiso, ella se lo pidió y por eso, él ascendió a la divinidad tras tomar su poder. No hubo ninguna traición.

» Pero los Campeones se empeñan en decir que sí. No me escuchan, no escuchan a nadie. ¡Devastación! ¿Qué puedo hacer? Ahora nos culpan del asesinato de Zelif basándose en ese supuesto pasado. ¡Cuando pudo tratarse de cualquiera! ¿Por qué nos odian tanto? Si todo lo que hizo el Héroe fue en beneficio de Edjhra. Si cuando el Héroe ascendió lo primero que hizo fue contener la Devastación e imbuir su esencia en ella para que no arrasara con los tres reinos. Sin él, ninguno de nosotros

viviríamos.

» Pero no, a los Campeones no les importa nada. Se empeñan en decir que el Héroe tomó un poder que no era suyo. Y ahora solo quieren buscar a alguien a quien echarle la culpa. ¿Sabes lo ridículo e infantil que suena eso?

Favel esta vez fue la que se quedó sin palabras.

Xeli comenzó a ojear Sangre Oscura con mayor detalle. Primero observó el índice y de ahí se desplegó entre las páginas. Había muchas cosas que ya sabía, quería volver a repasarlas, pero no era el momento. Buscó y anotó en una libreta cada página en donde veía la mención de los Hacedores de Sangre.

Era un vistazo rápido, casi fugaz. Luego se dedicaría a comprobar cada uno de estos textos a detalle. Antes quería saber cuántas menciones habían, para poder hacer una planeación.

Entretanto, Favel había tomado Hacedores de Sangre y, al igual que Xeli, había comenzado a tomar notas. Xeli levantó la vista un momento, y vio que su amiga buscada cada Hacedor de Sangre nacido en Sprigont.

Xeli sintió una punzada de culpa. No debió haberle gritado así a su amiga.

—Favel, yo...

—Ah, con que aquí estaban—llamó Loxus.

Xeli estuvo a punto de morderse la lengua y se sintió increíblemente avergonzada cuando su amiga le dedicó una sonrisa. El anciano vestía con una sotana negra, y su rostro envejecido las miraba con dulzura, como un padre hacia sus hijas.

—¡Loxus! —exclamó Favel entusiasmada.

El anciano tomó asiento y ojeó los libros uno a uno. Se detuvo cuando vio los libros que sostenían las muchachas.

—¿Investigando nuevamente sobre los Hacedores de Sangre? —preguntó el Hierático con una sonrisa simpática—. ¿Es eso o están buscando algo sobre Sir Cather? ¿Un secreto sobre la famosísima Caballera Dragón? —de pronto apoyó ambos brazos sobre la mesa y se acercó a ellas y con un susurró conspirativo dijo: — ¿O es sobre el asesino, quizá?

Ninguna de las chicas respondió.

—Lo suponía—dijo el anciano para sí mismo, asintiendo y echándose para atrás, casi como si estuviera riendo—. Chicas, no deberían indagar mucho sobre eso, ¿saben? Xeli, tu padre ya delegó toda la investigación a la Cabellera Dragón. Deberías dejar de preocuparte por eso. Permití que tuvieras este libro para que te distrajeras y para que entendieras lo que ha sucedido en los conflictos. Las disputas que han surgido entre ambas religiones, y que no deberías hacer.

—Lo sé—dijo Xeli y volteó a ver a Loxus—. Pero debe haber algo que podamos hacer. ¡Necesito encontrar la razón de su odio hacia nosotros! Usted también los escucha, Loxus. A la gente, a los Campeones. Nos acusan. No puede negarlo. He oído incluso a mi padre hablando mal de nosotros. Nos van a preguntar cosas, necesitamos saber cómo defendernos. Que decir. No voy a permitir que se nos acuse de una manera tan injusta.

Loxus espero a que Xeli terminara de hablar, sopesaba las palabras de la joven con cuidado, llevándose el dedo índice a la quijada.

—Tienes razón—respondió el Hierático—. Pero deben tener cuidado con lo que hacen, con lo que dicen. Especialmente tú, Xeli, que te cuesta tener la boca cerrada muchas veces. Está bien que busquen la manera para defendernos, pero no podemos atacar. Somos menos y somos los principales acusados. Tenemos que ir con cuidado, con cada cosa que hagamos a partir de ahora. Sino, todo será peor.

—¿Y qué paso con lo que hiciste el otro día? —preguntó Xeli sin tapujos, tenía demasiada curiosidad y sabía que Loxus la ignoraría si no le preguntaba directamente. Favel, en cambio, mostró preocupación. Xeli sabía que tendría que disculparse luego por esto—. En el velorio del Hierático Zelif lo llamaste «viejo amigo» y los Campeones no se lo tomaron muy bien. Dices que cuidemos lo que decimos. Entonces, ¿Qué pretendías hacer ahí? ¿A qué te referías con «viejo amigo»? Solo te he vi hablar con Zelif cuando firmaban el tratado.

—No tienes que preocuparte por eso—dijo Loxus restándole importancia al asunto—. ¿No deberías pensar en cosas más inmediatas? ¿Cómo el baile de esta noche?

Xeli estuvo a punto de replicar, cuando, de repente, cayó en cuenta de lo que el anciano decía.

«¡Devastación! Lo había olvidado.», pensó.

—No tengo porque ir—dijo Xeli—. Eso no es para mí.

—¿Estás segura que no tienes que ir? —preguntó Loxus, sonriente.

Xeli se mordió un labio.

—No quiero ir—murmuró Xeli, cabizbaja—. Nunca me he llevado bien con la nobleza, nunca me he sentido a gusto con ellos. Asistirá todo el mundo, además, no sé bailar.

Loxus y Favel pegaron una risotada.

Xeli frunció el ceño.

—No quiero ir no porque no sepa bailar—aclaró de mala gana la joven señora—. Sino porque es un baile en honor a sir Cather y no quiero estar cerca de ella. Pero no importa eso, mira todo lo que está ocurriendo, Loxus. Tengo que hacer algo, tengo que ayudar. No puedo ir a un baile.

—Ay, mi niña—dijo Loxus, con una sonrisa—. Aún eres demasiado joven y te preocupas por demasiadas trivialidades. Son duros momentos, sí, pero tienes que descansar, tienes que relajarte un poco. Tienes que vivir como todo el mundo.

» Está bien que quieras ayudar y todo lo que quieres hacer, de verdad lo aprecio mucho. Pero también tienes que tener tiempo para ti. Porque una noche no estés con nosotros, no significa que todo vaya a acabar.

«Así es como me gusta pasar mi tiempo, leyendo.», pensó Xeli, pero sabía que la réplica no funcionaría.

—No asisto a un baile desde hace... No estoy segura, desde hace muchos años—dijo Xeli—. Y los nobles bailan más de lo que yo leo libros. Será un fiasco.

Al momento, un sacerdote llegó desde el otro extremo de la biblioteca, para susurrarle algo al Hierático Loxus.

—Tan solo disfruta del momento—dijo Loxus mientras se levantaba de la mesa, dispuesto a irse—. Debo irme, chicas, disculpen. Tengo otros menesteres que exigen de mi presencia. Piensen en lo que les dije. Ah, y no olviden cual fue la condición por la cual les preste Sangre Oscura, chicas. Aun tienes tiempo, Xeli, antes del baile.

Loxus les guiñó un ojo antes de retirarse.

Favel frunció.

—¿Qué condición? —preguntó su amiga.

—Pues... —Xeli se mordió el labio.

—Xeli...

La joven señora rio con nerviosismo.

—No es nada... una tontería—su amiga no le despegó la mirada—. Así que... ¿Qué tal llevas eso de organizar los libros que dejan los visitantes?